



san Alfonso Liguorio

Obispo, [Doctor de la Iglesia](#) por sus escritos sobre la moral.

Fundador de la Congregación del Santísimo Redentor (los Redentoristas)

Patrón de confesores y moralistas.
(1696-1787).

Fiesta: 1 de agosto

Extractos de sus Libros:

[El Gran Medio de la Oración](#)

[Sobre la dignidad sacerdotal](#)

[El Triunfo Glorioso de María](#)

BIOGRAFIA

San Alfonso nació en Nápoles el 27 de Septiembre de 1696. Sus padres Don José de Liguori y Doña Ana Cavalieri eran de familias nobles y distinguidas.

Era un "niño prodigio" con gran facilidad para los idiomas, ciencias, arte, música y demás disciplinas. Empezó a estudiar leyes a los 13 años y a los 16 años presentó el examen de doctorado en derecho civil y canónico en la Universidad de Nápoles. A los 19 años ya era un abogado famoso.

Conversión

Según se cuenta, en su profesión como abogado no perdió ningún caso en 8 años, hasta que un día después de su brillante defensa, un documento demostró que él había apoyado (aunque sin saberlo), lo que era falso. Eso cambió su vida radicalmente.

Hizo un retiro en el convento de los lazaristas y se confirmó en la cuaresma de 1722. Estos dos eventos reavivaron su fervor. Al año siguiente, en dos ocasiones oyó una voz que le decía: "abandona el mundo y entrégate a mí". Hizo voto de celibato y abandonó completamente su profesión. Muy pronto Dios le confirmó cual era su voluntad.

Se fue a la iglesia Nuestra Señora de la Misericordia a pedir ser admitido en el oratorio. Su padre trató de impedirlo, pero al verlo tan decidido le dio permiso de hacerse sacerdote pero con la condición de que se fuese a vivir a su casa. Alfonso aceptó, siguiendo el consejo de su director espiritual que era oratoriano.

Hizo los estudios sacerdotales en su casa. **Fue ordenado sacerdote en 1726 a los 30 años.** Los dos años siguientes se dedicó a los "vagos" de los barrios de las afueras de Nápoles.

La predica sencilla desde el corazón

En los comienzos del siglo XVIII combatió la prédica muy florida y el rigorismo jansenista en los confesionarios. El predicaba con sencillez. El santo decía a sus misioneros: "**Emplead un estilo sencillo, pero trabajad a fondo vuestros sermones. Un sermón sin lógica resulta disperso y falto de gusto.**"

Un sermón pomposo no llega a la masa. Por mi parte, puedo decir que jamás he predicado un sermón que no pudiese entender la mujer más sencilla".

San Alfonso abandonó su casa paterna en 1729, a los 33 años de edad y se fue de capellán a un seminario donde se preparaban misioneros para la China.

En 1730 el Obispo de Castellamare, el Monseñor Falcoia, invita a Alfonso a predicar unos ejercicios en un convento religioso en Scala. Este hecho tuvo grandes consecuencias, porque ayudó a discernir a las religiosas una revelación que tuvo la hermana María Celeste. El día de la transfiguración de 1731, las religiosas vistieron el nuevo hábito y empezaron la estricta clausura y vida de penitencia. Así comienza la **Congregación de las Redentoristas**.

En 1732 se despidió de sus padres y vuelve a Scala, y con la ayuda y colaboración de un grupo de laicos, a los 36 años **funda la Congregación del Santísimo Redentor**, cuya primera casa perteneció al convento de las religiosas. San Alfonso era el superior inmediato y Monseñor Falcoia era el director general.

Grandes pruebas

Al poco tiempo comenzaron los problemas. La congregación se dividió entre los dos superiores. Al poco tiempo la hermana María Celeste se va a fundar otra congregación. A los 5 meses el santo se quedó solo con un hermano, pero más tarde se presentaron nuevos candidatos y se estableció en una casa más grande.

En 1734 funda otra casa en Villa degli Schiavi y se dedica a misionar allí. Su confesionario estaba siempre lleno. Trataba a sus penitentes como almas que era necesario salvar.

En 1737, se divulgan rumores sobre la casa de Villa degli Schiavi y San Alfonso decide suprimir esa fundación. Al año siguiente también cierra la casa de Scala.

Organizó misiones en Nápoles por 2 años a pedido del Cardenal Spinelli, arzobispo.

En 1743, al morir Mons. Falcoia, San Alfonso vuelve a ocuparse de su congregación como superior general y se encarga de redactar las constituciones. A pesar de la oposición de las autoridades españolas, los misioneros reorganizados fundan varias casas.

En 1748 San Alfonso publica en Nápoles la primera edición de su "Teología Moral". La segunda edición apareció entre los años 1753 y 1755.

En 1749 el papa Benedicto XIV aprobó la congregación y a partir de eso, el éxito fue enorme.

En 1750, los Jansenistas comienzan a divulgar que la devoción a la Santísima Virgen era una superstición. San Alfonso defiende a Nuestra Señora, publicando **"Las Glorias de María"**.

San Alfonso era estricto, pero a la vez tierno y compasivo.

En el proceso de beatificación el P. Cajone dijo: "A mi modo de ver, su virtud característica era la pureza de intención. Trabajaba siempre y en todo, por Dios, olvidado de sí mismo. En cierta ocasión nos dijo: 'Por la gracia de Dios, jamás he tenido que confesarme de haber obrado por pasión. Tal vez sea porque no soy capaz de ver a fondo en mi conciencia, pero, en todo caso, nunca me he descubierto ese pecado con claridad suficiente para tener que confesarlo' ". Esto es realmente admirable, teniendo en cuenta que San Alfonso era un Napolitano de temperamento apasionado y violento, que podía haber sido presa fácil de la ira, el orgullo y de la precipitación.

Obispo

A los 60 años fue elegido obispo de Sant' Agata de' Goti, diócesis pequeña con 30,000 habitantes, diecisiete casas religiosas y cuatrocientos sacerdotes entre los cuales habían varios que no practicaban su ministerio sacerdotal o llevaban mala vida. Algunos celebraban la misa en 15 minutos. San Alfonso los suspendió "ipso facto", a no ser que se corrigiesen, y escribió un tratado sobre ese punto: "En el altar el sacerdote representa a Jesucristo, como dice San Cipriano. Pero muchos sacerdotes actuales, al celebrar la misa, parecen mas bien saltimbanquis que se ganan la vida en la plaza pública. Lo mas lamentable es que aun los religiosos de ordenes reformadas, celebran la misa con tal prisa y mutilando tanto los ritos, que los mismos paganos quedarían escandalizados.... Ver celebrar así el Santo Sacrificio es para perder la fe".



Poco tiempo después se desata en su diócesis una terrible epidemia que San Alfonso había profetizado 2 años antes. Se morían por millares. El santo, para ayudar a las víctimas, vendió todo lo que tenía y La Santa Sede le autoriza a usar fondos de la diócesis y contrae grandes deudas.

Sus esfuerzos por reformar la moralidad pública le trajo numerosos enemigos que lo amenazaron de muerte. Solía decir: "Cada obispo está obligado a velar por su propia diócesis. Cuando los que infringen la ley se vean en desgracia, arrojados de todas partes, sin techo y sin medios de subsistencia, entraran en razón y abandonararan su vida de pecado".

Dirigió la diócesis de Santa Agata por 19 años.

Y mas pruebas...

En Junio de 1767, sufre un terrible ataque de reumatismo que casi lo lleva a la muerte.

Al terminar de celebrar la misa el 21 de septiembre de 1774, San Alfonso se desmayó y quedó inconsciente por 24 horas. Cuando regresó en sí, dijo a los presentes: "Fui a asistir al Papa, que acaba de morir". El Papa Clemente XIV muere el 22 de Septiembre de 1774.

En 1775 San Alfonso pidió a Pío VI que le permitiera renunciar al gobierno de su sede. El Papa le concede teniendo en cuenta su enfermedad. San Alfonso se retiró ciego y sordo. Fue a pedir hospitalidad a sus hijos espirituales, en Nocera, cerca de Nápoles, pensando así acabar tranquilamente sus días.

En 1777, los Redentoristas son atacados de nuevo. El Santo sufre con paciencia muchas humillaciones a causa de la traición de Monseñor Testa que era Capellán del Rey. **El Santo se vio excluido de la congregación que había fundado.**

Dios le reservaba una prueba aún mas dura. **Entre 1784 y 1785, el santo atraviesa por un terrible periodo de "noche oscura del alma", sufre tentaciones sobre su fe y sus virtudes.** Se ve abrumado por sus escrúpulos, temores y alucinaciones diabólicas. Le duró 18 meses, con intervalos de luz y reposo. **A esto le siguió un periodo de éxtasis, profecías y milagros.**

Gran escritor

Sus últimos 12 años de vida se dedicó a escribir, aumentando así sus obras ascéticas y teológicas. **Sus mas conocidos libros son: La Practica de amar a Jesucristo, la Preparación para la muerte, las**

Glorias de María.

La Teología Moralis fue una obra que influyó en la formación del clero hasta hace pocos años.

El santo murió 2 meses antes de cumplir 91 años, la noche del 31 de julio al 1 de agosto de 1787.

El Papa Pío VI en 1796 decreta la introducción de la causa de beatificación de Alfonso María Liguorio. La beatificación se da en 1816

Fue canonizado en 1839.

En 1871 fue declarado Doctor de la Iglesia y propuesto como patrono de los confesores y de los teólogos de moral.



Regreso a la página principal
www.corazones.org

Esta página es obra de Las Siervas de los Corazones Traspasados de Jesús y María.
[Copyright © 1999 SCTJM](http://www.corazones.org)



El Gran medio de la Oración

San Alfonso María de Ligorio

Doctor de la Iglesia

Ver también: [San Alfonso Ligorio](#)

ORACIÓN DEDICATORIA A JESÚS Y A MARÍA

Oh Verbo encarnado, Vos disteis la sangre y la vida para comunicar a nuestras plegarias, según vuestra divina promesa, una eficacia tan poderosa que alcancen todo lo que pidan; mas nosotros, oh, Dios mío, tan descuidados, andamos en las cosas de nuestra eterna salvación que ni siquiera queremos pedir las gracias que necesitamos para salvarnos. Nos disteis con el gran medio de la oración la llave de todos vuestros tesoros y nosotros, por empeñarnos en no rezar, vivimos siempre en la más grande miseria espiritual ...

¡Ay, Señor mío!, iluminadnos y hacendnos comprender lo mucho que valen ante vuestro Eterno Padre las plegarias que le dirigimos en vuestro nombre y por vuestros méritos.

A Vos consagro esta humilde obra mía, bendecidla, y haga vuestra misericordia que cuantos la tomen en sus manos se sientan movidos a orar y procurar que en todos prenda la llama de este mismo amor; y así no haya uno solo que no acuda a este gran medio de salvación.

A vos encomiendo también esta obrita mía, oh excelsa Madre de Dios, Virgen María. Protegedla y dad a cuantos la leyeran el espíritu de la oración, la gracia de recurrir en todas sus necesidades a vuestro divino Hijo y a Vos, que sois la dispensadora de las gracias y la Madre de las misericordias, a Vos que no podéis consentir que nadie se retire de vuestra presencia triste y desesperado, a Vos, Virgen poderosísima que obtenéis cuanto deseáis para vuestros siervo.

INTRODUCCIÓN QUE DEBE LEERSE

Varias son las obras espirituales que he publicado. Citaré las "Visitas al Santísimo Sacramento y a María Santísima", "La Pasión de Cristo" y "Las Glorias de María" Escribí también otra obrita contra los materialistas y deístas, y otras, no pocas, sobre varios temas devotos y espirituales; mas tengo para mí que no he escrito hasta ahora libro más útil que éste que trata de la oración, por ser ella un medio necesario y seguro para alcanzar la salvación y todas las gracias que para ella necesitamos. Y aun cuando no me resulta posible, si pudiera quisiera imprimir tantos ejemplares de esta obra cuantos son los fieles que viven sobre la Tierra, y entregarlo a cada uno, a fin de que cada uno de ellos entienda la necesidad que tenemos todos de rezar para salvarnos.

Hablo así, porque veo, por una parte, la absoluta necesidad que tenemos de la oración, tan inculcada en las sagradas Escrituras y por todos los Santos Padres; y por otra, el poco cuidado que los cristianos tienen en practicar este gran medio de salvación. Y lo que me aflige todavía más es ver que los predicadores y confesores poco hablan de esto a sus auditorios y a sus penitentes; y que los libros piadosos que andan hoy en manos de los fieles no hablan abundantemente de este tema, pese a que todos los predicadores, confesores y todos los libros no deberían insistir en otra cosa con la mayor premura y calor que ésta de la oración. Por cierto que ellos inculcan tantos buenos medios para el alma de conservarse en gracia de Dios, la huida de las ocasiones, la frecuencia de los sacramentos, la resistencia a las tentaciones, el oír la palabra de Dios, el meditar las Máximas Eternas y muchos otros más. ¿Quién niega que sean todos ellos utilísimos para ese fin? Pero, digo yo, ¿de qué sirven las prédicas, las meditaciones y todos los otros medios que dan los maestros de la vida espiritual sin la oración, cuando el Señor ha dicho que no quiere conceder sus gracias sino al que reza? Pedid y recibiréis.

Sin oración, según los planes ordinarios de la providencia, inútiles serán las meditaciones, nuestros propósitos y nuestras promesas. Si no rezamos seremos infieles a las gracias recibidas de Dios y a las promesas que hemos hecho en nuestro corazón. La razón de esto es que para hacer en esta vida el bien, para vencer las tentaciones, para ejercitarnos en la virtud, en una sola palabra, para observar totalmente los mandamientos de Dios, no bastan las gracias recibidas ni las consideraciones y propósitos que hemos hecho, se necesita sobre todo la ayuda actual de Dios y esta ayuda actual no la concede Dios Nuestro

Señor sino al que reza y persevera en la oración. Lo probaremos más adelante. Las gracias recibidas, las meditaciones que hemos concebido sirven para que en los peligros y tentaciones sepamos rezar y con la oración obtengamos el socorro divino que nos Preserva del pecado, mas si en esos grandes peligros no rezamos, estamos perdidos sin remedio.

He querido, amado lector, poner por delante estas solemnes afirmaciones que luego escribiré, para que agradezcas a Dios que por medio de este librito mío te dé la gracia de una mayor reflexión sobre la importancia de este gran medio de la oración; porque, todos los que se salvan – hablando de los adultos – ordinariamente por este único medio se salvan. Da por tanto gracias al Señor, porque es una misericordia demasiado grande para con aquellos a quienes da la luz y la gracia de rezar. Abrigo la esperanza, hermano mío amadísimo, que cuando hayas terminado de leer este librito, no serás perezoso en acudir a Dios con la oración si te asaltan tentaciones de ofenderle. Si entras en tu conciencia y la hallas manchada con graves culpas, piénsalo bien y verás que el mal te vino porque dejaste de acudir a Dios y no le pediste su poderosa ayuda para vencer las tentaciones que asaltaban tu alma. Déjame por tanto que te suplique que leas y releas con toda atención estas páginas no porque son mías, sino porque aquí hallarás el medio que el Señor pone en tus manos para alcanzar tu eterna salvación. Así te manifiesta por este camino que te quiere salvar. Y otra cosa te pediré y es que después de leerlo procures por los medios que estén a tu alcance que lo lean también tus amigos, vecinos y cuantos te rodean. Dicho esto ... comencemos en el nombre del Señor.

SE DICE QUÉ COSA ES ORACIÓN Y SE PROPONE EL PLAN DE TODA LA OBRA

Escribía el apóstol San Pablo a su discípulo Timoteo, Recomendando ante todas las cosas que se hagan súplicas, oraciones, rogativas, acciones de gracias (1 Tim. 2.1). Comentando estas palabras, el Doctor Angélico dice que oración es elevar la mente a Dios. Completando esta definición con lo que enseñan recientes catecismos, puede decirse que la oración es la elevación del alma y del corazón a Dios, para adorarle, darle gracias y pedirle lo que necesitamos.

En este sentido hemos de entenderla cuando tratemos de oraciones y súplicas en la presente obra.

Y para que nos vayamos aficionando a este gran medio de nuestra salvación eterna, que llamamos "oración", hemos de decir en primer lugar cuán necesaria nos es y la eficacia que tiene para alcanzar de Dios todas las gracias que deseamos, si se las pedimos como es debido. Así, pues, en esta obra trataremos tres cosas muy principales: 1. Necesidad y valor de la oración. 2. Eficacia de la oración. 3. Condiciones que ha de tener para que sea eficaz ante Dios. Luego pasaremos a demostrar en una segunda parte que la gracia de orar se les concede a todos. Será entonces el momento oportuno para explicar cuál es el modo ordinario con el cual opera la gracia.

CAPÍTULO I

I. NECESIDAD DE LA ORACIÓN

En grave error incurrieron los pelagianos al afirmar que la oración no es necesaria para alcanzar la salvación. Afirmaba su impío maestro, Pelagio, que sólo se condena el hombre que es negligente en conocer las verdades que es necesario saber para la vida eterna. Mas el gran San Agustín le salió al paso con estas palabras: Cosa extraña: de todo quiere hablar Pelagio menos de la oración, la cual sin embargo (así escribía y enseñaba el santo) es el único camino para adquirir la ciencia de los santos, como claramente lo escribía el apóstol Santiago: Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría pídasela a Dios, que a todos la da copiosamente y le será otorgada.

Nada más claro que el lenguaje de las Sagradas Escrituras, cuando quieren demostramos la necesidad que de la oración tenemos para salvarnos ... Es menester orar siempre y no desmayar ... Vigila y ora para no caer en la tentación. Pídelo y se os dará ... Está bien claro que las palabras: Es menester... ora ... pídelo significan y entrañan un precepto y grave necesidad. Así cabalmente lo entienden los teólogos. Pretendía el impío Wicleff que estos textos sólo significaban la necesidad de buenas obras, y no de la oración; y era porque, según su errado entender, orar no es otra cosa que obrar bien. Fue este un error que expresamente condenó la santa Iglesia. De aquí que pudo escribir el doctor Leonardo Lessio: no se puede negar la necesidad de la oración a los adultos para salvarse sin pecar contra la fe, pues es doctrina evidéntísima de las sagradas Escrituras que la oración es el único medio para conseguir las ayudas divinas

necesarias para la salvación eterna.

La razón de esto es clarísima. Sin el socorro de la divina gracia no podemos hacer bien alguno: Sin mí nada podéis hacer, dice Jesucristo. Sobre estas cosas escribe acertadamente San Agustín y advierte que no dice el Señor que nada podemos terminar, sino que nada podemos hacer. Con ello nos quiso dar a entender nuestro Salvador que sin su gracia no podemos realizar el bien. Y el Apóstol parece que va más allá, pues escribe que sin la oración ni siquiera podemos tener el deseo de hacerlo. Por lo que podemos sacar esta lógica consecuencia: que si ni siquiera podemos pensar en el bien, tampoco podemos desearlo ... Y lo mismo testifican otros muchos pasajes de la Sagrada Escritura. Recordemos algunos, Dios obra todas las cosas en nosotros ... Yo haré que caminéis por la senda de mis mandamientos y guardéis mis leyes y obréis según ellas. De aquí concluye San León Papa que nosotros no podemos hacer más obras buenas que aquellas que Dios nos ayuda a hacer con su gracia.

Así lo declaró solemnemente el Concilio de Trento: Si alguno dijere que el hombre sin la previniente inspiración del Espíritu Santo y sin su ayuda puede creer, esperar, amar y arrepentirse como es debido para que se le confiera la gracia de la justificación, sea anatema.

A este propósito hace un sabio escritor esta ingeniosa observación: A unos animales dio el Creador patas ágiles para correr, a otros garras, a otros plumas, y esto para que puedan atender a la conservación de su ser ... pero al hombre lo hizo el Señor de tal manera que El mismo quiere ser toda su fortaleza. Por esto decimos que el hombre por sí solo es completamente incapaz de alcanzar la salvación eterna, porque dispuso el Señor que cuanto tiene y pueda tener, todo lo tenga con la ayuda de su gracia.

Y apresurémonos a decir que esta ayuda de la gracia, según su providencia ordinaria, no la concede el Señor, sino a aquel que reza, como lo afirma la célebre sentencia de Gennadio: Firmemente creemos que nadie desea llegar a la salvación si no es llamado por Dios ... que nadie camina hacia ella sin el auxilio de Dios ... que nadie merece ese auxilio, sino el que se lo pide a Dios.

Pues si tenemos, por una parte, que nada podemos sin el socorro de Dios y por otra que ese socorro no lo da ordinariamente el Señor sino al que reza ¿quién no ve que de aquí fluye naturalmente la consecuencia de que la oración es absolutamente necesaria para la salvación? Verdad es que las gracias primeras, como la vocación a la fe y la penitencia las tenemos sin ninguna cooperación nuestra, según San Agustín, el cual afirma claramente que las da el Señor aun a los que no rezan. Pero el mismo doctor sostiene como cierto que las otras gracias, sobre todo el don de la perseverancia, no se conceden sino a los que rezan.

De aquí que los teólogos como San Basilio, San Juan Crisóstomo, Clemente Alejandrino y otros muchos, entre los cuales se halla San Agustín, sostienen comúnmente que la oración es necesaria a los adultos y no tan sólo necesaria como necesidad de precepto, como dicen las escuelas, sino como necesidad de medio. Lo cual quiere decir que, según la providencia ordinaria de Dios, ningún cristiano puede salvarse sin encomendarse a Dios pidiéndole las gracias necesarias para su salvación. Y lo mismo sostiene Santo Tomás con estas graves palabras: Después del Bautismo le es necesaria al hombre continua oración, pues si es verdad que por el bautismo se borran todos los pecados, no lo es menos que queda la inclinación desordenada al pecado en las entrañas del alma y que por fuera el mundo y el demonio nos persiguen a todas horas.

He aquí como el Angélico Doctor demuestra en pocas palabras la necesidad que tenemos de la oración. Nosotros, dice, para salvarnos tenemos que luchar y vencer, según aquello de San Pablo: El que combate en los juegos públicos no es coronado, si no combatiere según las leyes. Sin la gracia de Dios no podemos resistir a muchos y poderosos enemigos ... Y como esta gracia sólo se da a los que rezan, por tanto sin oración no hay victoria, no hay salvación.

Que la oración sea el único medio ordinario para alcanzar los dones divinos lo afirma claramente el mismo Santo Doctor en otro lugar, donde dice que el Señor ha ordenado que las gracias que desde toda la eternidad ha determinado concedernos nos las ha de dar sólo por medio de la oración. Y confirma lo mismo San Gregorio con estas palabras. Rezando alcanzan los hombres las gracias que Dios determinó concederles antes de todos los siglos. Y Santo Tomás sale al paso de una objeción con esta sentencia: No es necesario rezar para que Dios conozca nuestras necesidades, sino más bien para que nosotros lleguemos a convencernos de la necesidad que tenemos de acudir a Dios para alcanzar los medios

convenientes para nuestra salvación y por este camino reconocerle a El como autor único de todos nuestros bienes. Digámoslo con las mismas palabras del Santo Doctor: Por medio de la oración acabamos de comprender que tenemos que acudir al socorro divino y confesar paladinamente que El solo es el dador de todos nuestros bienes.

A la manera que quiso el Señor que sembrando trigo tuviéramos pan y plantando vides tuviéramos vino, así quiso también que sólo por medio de la oración tuviéramos las gracias necesarias para la vida eterna. Son sus divinas palabras Pedid.. y se os dará ... Buscad y hallaréis.

Confesemos que somos mendigos y que todos los dones de Dios son pura limosna de su misericordia. Así lo confesaba David: Yo mendigo soy y pobrecito. Lo mismo repite San Agustín: Quiere el Señor concedernos sus gracias, pero sólo las da a aquel que se las pide. Y vuelve a insistir el Señor: Pedid y se os dará ... Y concluye Santa Teresa: Luego el que no pide, no recibe ... Lo mismo demuestra San Juan Crisóstomo con esta comparación: A la manera que la lluvia es necesaria a las plantas para desarrollarse y no morir, así nos es necesaria la oración para lograr la vida eterna Y en otro lugar trae otra comparación el mismo Santo: Así como el cuerpo no puede vivir sin alma, de la misma manera el alma sin oración está muerta y corrompida. Dice que está corrompida y que despide hedor de tumba, porque aquel que deja de rezar bien pronto queda corrompido por multitud de pecados. Llámase también a la oración alimento del alma porque si es verdad que sin alimento no puede sostenerse la vida del cuerpo, no lo es menos que sin oración no puede el alma conservar la vida de la gracia. Así escribe San Agustín.

Todas estas comparaciones de los santos vienen a demostrar la misma verdad: la necesidad absoluta que tenemos de la oración para alcanzar la salvación eterna.

II. LA ORACIÓN ES NECESARIA PARA VENCER LAS TENTACIONES Y GUARDAR LOS MANDAMIENTOS

Es además la oración el arma más necesaria para defendernos de los enemigos de nuestra alma. EL que no se vale de ella, dice Santo Tomás, está perdido. El Santo Doctor no duda en afirmar que cayó Adán porque no acudió a Dios en el momento de la tentación. Lo mismo dice San Gelasio, hablando de los ángeles rebeldes: No aprovecharon la gracia de Dios y porque no oraron, no pudieron conservarse en santidad. San Carlos Borromeo dice en una de sus cartas pastorales que de todos los medios que el Señor nos dio en el evangelio, el que ocupa el primer lugar es la oración. Y hasta quiso que la oración fuera el sello que distinguiera su Iglesia de las demás sectas, pues dijo de ella que su casa era casa de oración: Mi casa será llamada casa de oración. Con razón, pues, concluye San Carlos en la referida pastoral, que la oración es el principio, progreso y coronamiento de todas las virtudes.

Y es esto tan verdadero que en las oscuridades del espíritu, en las miserias y peligros en que tenemos que vivir sólo hallamos un fundamento para nuestra esperanza, y es el levantar nuestros ojos a Dios y alcanzar de su misericordia por la oración nuestra salud eterna. Lo decía el rey Josafat: Puesto que ignoramos lo que debemos hacer, una sola cosa nos resta: volver los ojos a Ti. Así lo practicaba el santo Rey David, pues confesaba que para no ser presa de sus enemigos no tenía otro recurso sino el acudir continuamente al Señor suplicándole que le librara de sus acechanzas: Al señor levanté mis ojos siempre, porque me soltará de los lazos que me tienden. Se pasaba la vida repitiendo así siempre; Mírame, Señor, y ten piedad de mí, que estoy solo y soy pobre. A ti clamé, Señor, sálvame para que guarde tus mandamientos ... porque yo nada puedo y fuera de Vos nadie me podrá ayudar.

Eso es verdad, porque después del pecado de nuestro primer padre Adán que nos dejó tan débiles y sujetos a tantas enfermedades, ¿habrá uno solo que se atreva a pensar que podemos resistir los ataques de los enemigos de nuestra alma y guardar los divinos mandamientos, si no tuviéramos en nuestra mano la oración, con la cual pedimos al Señor la luz y la fuerza para observarlos? Blasfemó Lutero, cuando dijo que después del pecado de Adán nos es del todo imposible la observancia de la divina ley. Jansenio se atrevió a sostener también que en el estado actual de nuestra naturaleza ni los justos pueden guardar algunos mandamientos. Si esto sólo hubiera dicho, pudiéramos dar sentido católico a su afirmación, pero justamente le condenó la Iglesia, porque siguió diciendo que ni tenían la gracia divina para hacer posible su observancia.

Oigamos a San Agustín: Verdad es que el hombre con sus solas fuerzas y con la gracia ordinaria y común que a todos es concedida no puede observar algunos mandamientos, pero tiene en sus manos la oración y con ella podrá alcanzar esa fuerza superior que necesita para guardarlos. Estas son textuales palabras:

Dios cosas imposibles no manda, pero, cuando manda, te exhorta a hacer lo que puedes y a pedir lo que no puedes, y entonces te ayuda para que lo puedas. Tan célebre es este texto del gran Santo que el Concilio de Trento se lo apropió y lo declaró dogma de fe. Mas, ¿cómo podrá el hombre hacer lo que no puede? Responde al punto el mismo Doctor a continuación de lo que acaba de afirmar: Veamos y comprenderemos que lo que por enfermedad o vicio del alma no puede hacer, podrá hacerlo con la medicina. Con lo cual quiso darnos a entender que con la oración hallamos el remedio de nuestra debilidad, ya que cuando rezamos nos da el Señor las fuerzas necesarias para hacer lo que no podemos.

Sigue hablando el mismo San Agustín y dice: Sería temeraria insensatez pensar que por una parte nos impuso el Señor la observancia de su divina ley y por otra que fuera esa ley imposible de cumplir. Por eso añade: Cuando el Señor nos hace comprender que no somos capaces de guardar todos sus santos preceptos, nos mueve a hacer las cosas fáciles con la gracia ordinaria que pone siempre a nuestra disposición: para hacer las más difíciles nos ofrece una gracia mayor que podemos alcanzar con la oración. Y si alguno opusiere por qué nos manda el Señor cosas que están por encima de nuestras fuerzas, le responde el mismo Santo: Nos manda algunas cosas que no podemos para que por ahí sepamos qué cosas le tenemos que pedir. Y lo mismo dice en otro lugar con estas palabras: Nadie puede observar la ley sin la gracia de Dios, y por esto cabalmente nos dio la ley, para que le pidiéramos la gracia de guardarla. Y en otro pasaje viene a exponer igual doctrina el mismo San Agustín. He aquí sus palabras: Buena es la ley para aquel que debidamente usa de ella. Pero ¿qué es usar debidamente de la ley? A esta pregunta contesta: Conocer por medio de la ley las enfermedades de nuestra alma y buscar la ayuda divina para su remedio. Lo cual quiere decir que debemos servirnos de la ley ¿para qué?, para llegar a entender por medio de la ley (pues no tendríamos otro camino) la debilidad de nuestra alma y su impotencia para observarla. Y entonces pidamos en la oración la gracia divina que es lo único que puede curar nuestra flaqueza.

Esto mismo vino a decir San Bernardo, cuando escribió: ¿Quiénes somos nosotros y qué fortaleza tenemos para poder resistir a tantas tentaciones? Pero esto cabalmente era lo que pretendía el Señor: que entendamos nuestra miseria y que acudamos con toda humildad a su misericordia, pues no hay otro auxilio que nos pueda valer. Muy bien sabe el Señor que nos es muy útil la necesidad de la oración, pues por ella nos conservamos humildes y nos ejercitamos en la confianza. Y por eso permite el Señor que nos asalten enemigos que con nuestras solas fuerzas no podemos vencer, para que recemos y por ese medio obtengamos la gracia divina que necesitamos.

Conviene sobre todo que estemos persuadidos que nadie podrá vencer las tentaciones impuras de la carne si no se encomienda al Señor en el momento de la tentación. Tan poderoso y terrible es este enemigo que cuando nos combate se apagan todas las luces de nuestro espíritu y nos olvidamos de las meditaciones y santos propósitos que hemos hecho, y no parece sino que en esos momentos despreciamos las grandes verdades de la fe y perdemos el miedo de los castigos divinos. Y es que esa tentación se siente apoyada por la natural inclinación que nos empuja a los placeres sensuales. Quien en esos momentos no acude al Señor está perdido. Ya lo dijo San Gregorio Nacianceno: La oración es la defensa de la pureza. Y antes lo había afirmado Salomón: Y como supe que no podía ser puro, si Dios no me daba esa gracia, a Dios acudí y se la pedí. Es en efecto la castidad una virtud que con nuestras propias fuerzas no podemos practicar, necesitamos la ayuda de Dios, mas Dios no la concede sino a aquel que se la pide. El que la pide, ciertamente la obtendrá.

Por eso sostiene Santo Tomás contra Jansenio que no podemos decir que la castidad y otros mandamientos sean imposibles de guardar, pues si es verdad que por nosotros mismos y con nuestras solas fuerzas no podemos, nos es posible sin embargo con la ayuda de la divina gracia. Y que nadie ose decir que parece linaje de injusticia mandar a un cojo que ande derecho. No, replica San Agustín, no es injusticia, porque al lado se le pone el remedio para curar de su enfermedad y remediar su defecto. Si se empeña en andar torcidamente suya será la culpa.

En suma diremos con el mismo santo Doctor que no sabrá vivir bien quien no sabe rezar bien. Lo mismo afirma San Francisco de Asís, cuando asegura que no puede esperarse fruto alguno de un alma que no hace oración. Injustamente por tanto se excusan los pecadores que dicen que no tienen fuerzas para vencer las tentaciones. ¡Qué atinadamente les responde el apóstol Santiago cuando les dice: Si las fuerzas os faltan ¿por qué no las pedís al Señor? ¿No las tenéis? Señal de que no las habéis pedido.

Verdad es que por nuestra naturaleza somos muy débiles para resistir los asaltos de nuestros enemigos,

pero también es cierto que Dios es fiel, como dice el Apóstol y que por tanto jamás permite que seamos tentados sobre nuestras fuerzas. Oigamos las palabras de San Pablo: Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas, sino que de la misma tentación os hará sacar provecho para que podáis manteneros. Comentando este pasaje, Primacio dice: Antes bien os dará la ayuda de la gracia para que podáis resistir la violencia de la tentación.

Débiles somos, pero Dios es fuerte, y, cuando le invocamos, nos comunica su misma fortaleza y entonces podemos decir con el Apóstol: Todo lo puedo con la ayuda de aquél que es mi fortaleza. Por lo que el que sucumbe, porque no ha rezado, no tiene excusa, dice San Juan Crisóstomo, pues si hubiera rezado hubiera sido vencedor de todos sus enemigos.

III. DE LA NECESIDAD DE ACUDIR A LOS SANTOS COMO NUESTROS INTERCESORES

Aquí aparece el lugar conveniente para tratar de la duda si es necesario también recurrir a la intercesión de los Santos para alcanzar las gracias divinas.

Que sea cosa buena y útil invocar a los Santos para que nos sirvan de intercesores y nos alcancen por los méritos de Jesucristo lo que por los nuestros no podemos obtener, es doctrina que no podemos negar, pues así lo declaró la Santa Iglesia en el Concilio de Trento. Lo negaba el impío Calvino, pero era desatino e impiedad, porque, en efecto, nadie osará negar que sea bueno y útil acudir a las almas santas que en el mundo viven para que vengan en nuestra ayuda con sus plegarias. Así lo hacía el apóstol San Pablo, el cual escribiendo a los de Tesalónica, les decía: Hermanos, rogad por nosotros. Pero, ¿qué digo? Hasta el mismo Dios mandaba a los amigos del Santo Job que se encomendasen a sus oraciones para que por sus méritos Él les pudiese favorecer. Pues si es lícito encomendarse a las oraciones de los vivos, ¿no lo será invocar a los Santos que están en el cielo y más cerca de Dios?

Y no se diga que esto es quitar el honor debido a Dios, pues es más bien duplicarlo, pues a reyes y potentados no se les honra solamente en su misma persona, sino también en la de sus reales servidores. Y apoyado en esto sostiene Santo Tomás que es cosa muy excelente acudir a muchos santos, porque se obtiene por las oraciones de muchos lo que por las de uno solo no se logra alcanzar. Y si alguno por ventura objetase de qué puede servir el recurrir a los Santos, pues que ellos rezan por todos los que son justos y dignos de sus oraciones, responde el mismo Santo Doctor que si alguno no fuese digno, cuando los santos ruegan por él, se hace digno desde el momento en que recurre a su intercesión.

PEDIR A LAS ALMAS DEL PURGATORIO Y POR LAS ALMAS DEL PURGATORIO. Discuten los teólogos si es conveniente encomendarnos a las almas del purgatorio. Sostienen que aquellas almas no pueden rogar por nosotros, y se apoyan en la autoridad de Santo Tomás, el cual dice que aquellas almas por estar en estado de purificación son inferiores a nosotros y por tanto no están en condiciones de rogar, sino que más bien necesitan que los demás rueguen por ellas. Mas otros muchos doctores, entre los cuales podemos citar a San Belarmino, Sylvio, cardenal de Gotti, Lession, Medina ..., sostienen lo contrario y con mayor probabilidad de razón, pues afirman que puede creerse piadosamente que el Señor les revela nuestras oraciones para que aquellas almas benditas rueguen por nosotros y de esta suerte hay entre ellas y nosotros más íntima comunicación de caridad. Nosotros rezamos por ellas, ellas rezan por nosotros.

Y dicen muy bien Sylvio y Gotti que no parece que sea argumento en contra la razón que aduce el Angélico Santo Tomás de que las almas están en estado de purificación; porque una cosa es estar en estado de purificación y otra muy distinta el poder rogar. Verdad es que, aquellas almas no están en estado de rogar, pues, como dice Santo Tomás, por hallarse bajo el castigo de Dios son inferiores a nosotros, y así parece que lo más propio es que nosotros recemos por ellas, ya que se hallan más necesitadas; sin embargo aun en ese estado bien pueden rezar por nosotros, porque son almas muy amigas de Dios. Un padre que ama tiernamente a su hijo puede tenerlo encerrado en la cárcel por alguna culpa que cometió, y parece que en ese estado él no puede rogar por sí mismo, mas ¿por qué no podrá interceder por los demás? ¿Y por qué no podrá esperar que alcanzará lo que pide, puesto que sabe el afecto grande que el padre le tiene? De la misma manera, siendo las almas benditas del purgatorio tan amigas de Dios y estando, como están, confirmadas en gracia, parece que no hay razón ni impedimento que les estorbe rezar por nosotros.

Cierto es que la Iglesia no suele invocarlas e implorar su intercesión, ya que ordinariamente ellas no conocen nuestras oraciones. Mas piadosamente podemos creer, como arriba indicábamos, que el Señor les da a conocer nuestras plegarias, y si es así, puesto que están tan llenas de caridad, por seguro

podemos tener que interceden por nosotros. De Santa Catalina de Bolonia se lee que cuando deseaba alguna gracia recurría a las ánimas benditas, y al punto era escuchada: y afirmaba que no pocas gracias que por la intercesión de los Santos no había alcanzado, las había obtenido por medio de las ánimas benditas. Si, pues, deseamos nosotros la ayuda de sus oraciones, bueno será que procuremos nosotros socorrerlas con nuestras oraciones y buenas obras.

Me atrevo a decir que no tan sólo es bueno, sino que es también muy justo, ya que es uno de los grandes deberes de todo cristiano. Exige la caridad que socorramos a nuestros prójimos, cuando tienen necesidad de nuestra ayuda y nosotros por nuestra parte no tenemos grave impedimento en hacerlo. Pensemos que es cierto que aquellas ánimas benditas son prójimos nuestros, pues aunque murieron y ya no están en la presente vida, no por eso dejan de pertenecer, como nosotros, a la Comunión de los Santos. Así lo afirma San Agustín con estas claras palabras: las almas santas de los muertos no son separadas de la Iglesia.

Y más claramente lo afirma Santo Tomás, el cual, tratando esta verdad, dice que la caridad que debemos a los muertos que pasaron de esta vida a la otra en gracia de Dios, no es más que la extensión de la misma caridad que tenemos en este mundo a los vivos. La caridad, dice, que es un vínculo de perfección y lazo de la Santa Iglesia, no solamente se extiende a los vivos, sino también a los muertos que murieron en la misma caridad. Por donde debemos concluir que debemos socorrer en la medida de nuestras fuerzas a las ánimas benditas, como prójimos nuestros, y pues su necesidad es mayor que la de los prójimos que tenemos en esta vida, saquemos en consecuencia que mayor es la obligación que tenemos de socorrerlas.

Porque, en efecto, ¿en qué necesidad se hallan aquellas santas prisioneras? Es verdad innegable que sus penas son inmensas. San Agustín no duda en afirmar que el fuego que las atormenta es más cruel que todas las penas que en este mundo nos pueden afligir. Lo mismo piensa Santo Tomás y añade que su fuego es el mismo fuego del infierno. En el mismo fuego, en que el condenado es atormentado, dice, es purificado el escogido.

Si ésta es la pena de sentido, mucho mayor y más horrenda será la pena de daño que consiste en la privación de la vista de Dios. Es que aquellas almas esposas santas de Dios, no tan sólo por el amor natural que sienten hacia el Señor, sino principalmente por el amor sobrenatural que las consume, se sienten arrastradas hacia El, mas como no pueden allegarse por las culpas que las retienen, sienten un dolor tan grande que, si fueran capaces de morir, morirían de pena a cada momento. De tal manera, dice San Juan Crisóstomo, que esta privación de la vista de Dios las atormenta horriblemente más que la pena de sentido. Mil infiernos de fuego, reunidos, dicen, no les causarían tanto dolor como la sola pena de daño.

Y es esto tan verdadero que aquellas almas, esposas del señor, con gusto escogerían todas las penas antes que verse un solo momento privadas de la vista y contemplación de Dios. Por eso se atreve a sostener el Doctor Angélico que, las penas del purgatorio exceden todas las que en este mundo podemos padecer. Dionisio el Cartujo refiere que un difunto, resucitado por intercesión de San Jerónimo, dijo a San Cirilo de Jerusalén que todos los tormentos de la presente vida comparados con la pena menor del purgatorio, parecen delicias y descansos. Añadió que si uno hubiera experimentado las penas del purgatorio, no dudaría en escoger los dolores que todos los hombres juntos han padecido y padecerán en este mundo hasta el juicio final, antes que padecer un día solo la menor pena del purgatorio. Por eso escribía el mismo San Cirilo a San Agustín, que las penas del purgatorio, en cuanto a su gravedad, son lo mismo que las penas del infierno; en una sola cosa principalísima se distinguen: en que no son eternas.

Son por tanto espantosamente grandes las penas de las ánimas benditas del purgatorio, y además ellas no pueden valerse por sí mismas. Lo decía el Santo Job con aquellas palabras: Encadenadas están y amarradas con cuerdas de pobreza. Reinas son y destinadas al reino eterno, pero no podrán tomar posesión de él, y tendrán que gemir desterradas hasta que queden totalmente purificadas. Sostienen algunos teólogos que pueden ellas en parte mitigar sus tormentos con sus plegarias, pero de todos modos no podrán nunca hallar en sí mismas los recursos suficientes y tendrán que quedar entre aquellas cadenas hasta que no hayan pagado cumplidamente a la justicia divina. Así lo decía un fraile cisterciense, condenado al purgatorio, al hermano sacristán de su monasterio-. Ayúdame, le suplicaba, con tus oraciones, que yo por mí nada puedo. Y esto mismo parece repetir San Buenaventura con aquellas palabras: Tan pobres son aquellas benditas ánimas, que por sí mismas no pueden pagar sus deudas.

Lo que sí es cierto y dogma de fe es que podemos socorrer con nuestros sufragios y sobre todo con

nuestras oraciones a aquellas almas santas. La Iglesia alaba estas plegarias y ella misma va delante con su ejemplo. Siendo esto así, no sé cómo puede excusarse de culpa aquel que pasa mucho tiempo sin ayudarlas en algo, al menos con sus oraciones.

Si a ello no nos mueve este deber de caridad, muévanos el saber el placer grande que proporcionamos a Jesucristo, cuando vea que nos esforzamos en romper las cadenas de aquellas sus amadas esposas para que vayan a gozar de su amor en el cielo. Muévanos también el pensamiento de los muchos méritos que por este medio adquirimos, puesto que hacemos un acto de caridad tan grande con aquellas benditas ánimas; y bien seguros podemos estar que ellas a su vez, agradecidas al bien que les hemos procurado, sacándolas con nuestras oraciones de aquellas penas y anticipándoles la hora de su entrada en el cielo, no dejarán de rogar por nosotros cuando ya se hallen en medio en la bienaventuranza. Decía el Señor. Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia. Pues si el bondadoso galardonador promete misericordia a los que tienen misericordia con sus prójimos, con mayor razón podrá esperar su eterna salvación, aquel que procura socorrer a almas tan santas, tan afligidas y tan queridas de Dios.

LA INTERCESIÓN DE LOS SANTOS. Pero volvamos a la duda que arriba nos atrevemos a lo que para ello no hay otro camino que el de la oración. En otro lugar del mismo libro se propone a sí mismo con toda claridad la siguiente duda: ¿debemos rogar a los Santos para que intercedan por nosotros? Para que se entienda bien el pensamiento del Santo quiero transcribir el texto íntegro: Es así: Hay un orden divinamente establecido en todas las cosas, según Dionisio Areopagita, y es que las últimas cosas vuelvan a Dios valiéndose de las intermedias. Y como los Santos ya están en la Patria y por tanto muy cerca de Dios, parece que está pidiendo el orden general establecido, que nosotros, que aún estamos con este cuerpo mortal y andamos peregrinando lejos de Dios, a El volvamos por mediación de los Santos. Así sucede, cuando por ellos llegan hasta nosotros los efectos de la divina bondad pues nuestra vuelta a Dios debe seguir en cierto modo el mismo proceso de la donación de su bondad, ya que los beneficios divinos llegan a nosotros por medio de los santos, así por medio de los mismos debemos volver a Dios. De aquí podemos concluir que cuando pedimos a los Santos que recen por nosotros, los constituimos intercesores y en cierto sentido mediadores nuestros.

Meditemos estas palabras del Angélico Doctor y veremos que según su doctrina el orden de la divina ley exige que nosotros, míseros mortales, nos salvemos por medio de los Santos, recibiendo de sus manos las gracias necesarias para nuestra salvación eterna. Como alguno puede objetar que parece superfluo acudir a los Santos, ya que Dios es infinitamente más misericordioso que ellos y más inclinado a socorrernos, responde el Santo muy atinadamente que, si lo ha dispuesto así el Señor, no ha sido por falta de poder por parte suya, sino para conservar en todo el orden general establecido de obrar siempre por medio de las causas segundas.

Lo mismo enseña el continuador de Tournely con Sylvio apoyados en la doctrina de Santo Tomás. Dicen ellos que si es verdad que sólo podemos rezar a Dios, como autor de la gracia, tenemos sin embargo obligación de acudir a la intercesión de los Santos para guardar el orden establecido por Dios, que ha dispuesto que los inferiores se salven con la ayuda de los superiores.

IV. DE LA INTERCESIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA

Lo que hasta aquí llevamos dicho de la intercesión de los Santos puede decirse, pero con mucha mayor excelencia, de la intercesión de la Madre de Dios. Sus oraciones valen más que las de todo el paraíso. Da la razón Santo Tomás, diciendo que los santos, según su mérito, así es el poder que tienen de salvar a otros muchos; pero como Jesucristo y digamos lo mismo de su Divina Madre, tienen gracia tan abundante, por eso pueden salvar a todos los hombres. Lo dice así el Santo Doctor. Ya es cosa grande decir de un santo que tiene bastante gracia para salvar a muchos. Pero si pudiera decirse de alguno que la tenía tan grande que a todos los hombres pudiera dar la salvación sería la más grande alabanza. Mas ello solamente puede decirse de Jesucristo y de su Madre Santísima. San Bernardo hablando de la Virgen escribió estas hermosas palabras: Así como nosotros no podemos acercarnos al Padre sino por medio del Hijo, que es mediador de justicia, así no podemos acercarnos a Jesús si no es por medio de María que es la mediadora de la gracia y nos obtiene con su intercesión todos los bienes que nos ha concedido Jesucristo. En otro lugar saca el mismo Santo de todo esto una consecuencia lógica, cuando dice que María ha recibido de Dios dos plenitudes de gracias- la primera, la encarnación del Verbo eterno, tomando carne humana en su purísimo seno... la segunda, la plenitud de las gracias que de Dios recibimos por su intercesión. Oigamos las palabras del mismo Santo: Puso el Señor en María la plenitud de todos los

bienes, y por tanto, si tenemos alguna gracia y alguna esperanza, si alguna seguridad tenemos de salvación eterna, podemos confesar que todo nos viene de ella, pues rebosa de delicias divinas. Huerto de delicias es su alma y de allí corren y se esparcen suaves aromas, es decir, los carismas de todas las gracias.

Podemos por tanto asegurar que todos los bienes que del Señor recibimos, nos llegan por medio de la intercesión de María. ¿Qué por qué es así? Responde categóricamente San Bernardo: Porque así lo ha dispuesto el mismo Dios. Esta es su divina voluntad, son palabras de San Bernardo, que todo lo recibamos por manos de María, pero San Agustín da otra razón y parece más lógica, y es que María es propiamente nuestra Madre; lo es, porque su caridad cooperó para que naciósemos a la vida de la gracia y fuéramos hechos miembros de nuestra cabeza que es Jesucristo. Pues ella ha cooperado con su bondad al nacimiento espiritual de todos los redimidos, por eso ha querido el Señor que con su intercesión coopere a que tengan la vida de la gracia en este mundo, y en el otro mundo la vida de la gloria. Que por esto la Santa Iglesia se complace en llamar y saludarla con estas suavísimas palabras: Vida, dulzura y esperanza nuestra.

Nos exhorta San Bernardo a recurrir siempre a esta divina Madre, ya que sus súplicas son siempre escuchadas por su divino Hijo. Acudamos a María, exclama con fervoroso acento, lo digo sin vacilar ..., el Hijo oirá a su Madre. A continuación añade: Hijos míos, Ella es la escala de los pecadores. Ella mi máxima esperanza, Ella, toda la razón de confianza del alma mía. La llama escala, porque así como no podemos subir el tercer escalón sin poner antes el pie en el segundo, de la misma manera nadie llega a Dios sino es por medio de Jesucristo, y a Jesucristo nadie llega sino por medio de María. Y añade que es su máxima esperanza y el fundamento de su confianza porque Dios ha dispuesto que todas las gracias nos pasen por manos de María. Por esto concluye recordándonos que todas las gracias que queramos obtener, las pidamos por medio de María, porque ella alcanza todo lo que quiere y sus oraciones jamás serán desatendidas. He aquí sus textuales palabras: Busquemos la gracia, y busquémosla por medio de María, porque halla todo lo que busca y jamás pueden ser frustrados sus deseos. No de distinta forma hablaba el fervoroso San Efrén: Sólo una esperanza tenemos, decía, y eres tú, Virgen purísima. San Ildefonso, vuelto a la misma celestial Señora, le hablaba así. La Majestad divina ordenó que todos sus bienes pasaran por tus manos benditas. A Ti están confiados todos los tesoros divinos y todas las riquezas de las gracias. San Germán le decía todo tembloroso: ¿Oué será de nosotros si Tú nos abandonas, vida de todos los cristianos? San Pedro Damián: En tus manos están todos los tesoros de las misericordias de Dios. San Antonio: Quien reza sin contar contigo es como quien pretende volar sin alas. San Bernardino de Sena: Tú eres la dispensadora de todas las gracias: nuestra salvación está en tus manos. En otro lugar llegó a afirmar el mismo Santo que no tan sólo es María el medio por el cual se nos comunican todas las gracias de Dios sino que desde el día en que fue hecha madre de Dios, adquirió una especie de jurisdicción sobre todas las gracias que se nos conceden. Sigue ponderando la autoridad de la Virgen con estas palabras, Por María, de la cabeza de Cristo, pasan todas las gracias vitales a su cuerpo místico. El día en que siendo Virgen fue hecha Madre de Dios, adquirió una suerte de posesión y autoridad sobre todas las gracias que el Espíritu Santo concede a los hombres de este mundo, que nadie jamás obtendrá gracia alguna, sino según lo disponga esta Madre piadosísima. Y añade esta conclusión, Por tanto, sus manos misericordiosas dispensan a quien quiere dones, virtudes y gracias. Y lo mismo confirma San Bernardino de Sena con estas palabras: Ya que toda la naturaleza divina se encerró en el seno de María, no temo afirmar que por ello adquirió la Virgen cierta jurisdicción sobre todas las corrientes de las gracias, pues fue su seno el océano del cual salieron todos los ríos de las divinas gracias.

Muchos teólogos apoyados en la autoridad de estos Santos, justa y piadosamente tienen la opinión de que no hay gracia que no sea dispensada por medio de la intercesión de María. Así podemos citar entre muchos a Vega, Mendoza, Pacíuccheli, Sèñeri, Poiré, Crasset. Lo mismo defiende el docto P. Natal Alejandro, del cual son estas palabras: Quiere Dios que todos los bienes que de El esperamos, los obtengamos por la poderosísima intercesión de su Madre, cuando debidamente la invocamos. Y trae para confirmarlo el célebre texto de San Bernardo: Esta es la voluntad de Dios: quiere que todo lo tengamos por María. El P. Contenson, comentando aquellas palabras que Cristo pronunció en la cruz: Ahí tienes a tu madre, añade. Como si dijere: Ninguno puede participar de mi sangre, sino por la intercesión de mi Madre. Fuentes son de gracia sus llagas, pero su agua sólo llegará a las almas por medio de ese canal que se llama María. Juan, mi amado discípulo, serás tan amado de Mí, cuanto amares a Ella.

Por lo demás, si es cierto que le agrada al Señor que recurramos a los santos, mucho más le ha de agradar que acudamos a la intercesión de María para que supla ella nuestra indignidad con la santidad de

sus méritos. Así cabalmente lo afirma San Anselmo: para que la dignidad de la intercesora supla nuestra miseria. Por tanto, acudir a la Virgen no es desconfiar de la divina misericordia; es tener miedo de nuestra indignidad. Santo Tomás, cuando habla de la dignidad de María, no repara en llamarla casi infinita. Como es madre de Dios tiene cierta especie de dignidad infinita. Y por tanto, puede decirse sin exageración que las oraciones de María son casi más poderosas que las de todo el cielo.

Pongamos fin a este primer capítulo resumiendo todo lo dicho y dejando bien sentada esta afirmación: que el que reza se salva y el que no reza se condena. Si dejamos a un lado a los niños, todos los demás bienaventurados se salvaron porque rezaron, y los condenados se condenaron porque no rezaron. Y ninguna otra cosa les producirá en el infierno más espantosa desesperación que pensar que les hubiera sido cosa muy fácil salvarse. Pues lo hubieran conseguido pidiendo a Dios sus gracias, y que ya serán eternamente desgraciados, porque pasó el tiempo de la oración.

CAPÍTULO II

A. EFICACIA DE LA ORACIÓN

Excelencia de la oración y su poder ante Dios

Tan gratas a Dios son nuestras plegarias que ha querido que sus santos ángeles se las presenten, apenas se las dirigimos. Lo dice San Hilario: Los ángeles presiden las oraciones de los fieles y diariamente las ofrecen al Señor. Y ¿qué son las oraciones de los santos, sino aquel humo de oloroso incienso que subía ante el divino acatamiento y que los ángeles ofrecían a Dios, como vio San Juan? Y el mismo Santo Apóstol escribe que las oraciones de los santos son incensarios de oro llenos de perfumes deliciosos y gratísimos a Dios.

Para mejor entender la excelencia de nuestras oraciones ante el divino acatamiento bastará leer en las Sagradas Escrituras las promesas que ha hecho el Señor al alma que reza, y eso lo mismo en el antiguo que en el nuevo Testamento. Recordemos algunos textos nada más: Invócame en el día de la tribulación ... Llámame y yo te libraré ... Llámame y yo te oiré ... Pedid y se os dará ... Buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. Cosas buenas dará mi Padre que está en los cielos a aquel que se las pida ... Todo aquel que pide, recibe ... Lo que queráis, pedidlo, y se os dará. Todo cuanto pidieren, lo hará mi Padre por ellos. Todo cuanto pidáis en la oración, creed que lo recibiréis y se hará sin falta. Si algo pidiéreis en mi nombre, os lo concederá. Y como éstos muchos textos más que no traemos aquí para no extendemos más de lo debido.

Quiere Dios salvarnos, mas, para gloria nuestra, quiere que nos salvemos, como vencedores. Por tanto, mientras vivamos en la presente vida, tendremos que estar en continua guerra. Para salvamos habremos de luchar y vencer. Sin victoria nadie podrá ser coronado. Así afirma San Juan Crisóstomo: Cierto es que somos muy débiles y los enemigos muchos y muy poderosos; ¿cómo, pues, podremos hacerles frente y derrotarlos? Responde el Apóstol animándonos a la lucha con estas palabras: Todo lo puedo con Aquel que es mi fortaleza. Todo lo podemos con la oración; con ella nos dará el Señor las fuerzas que necesitamos, porque, como escribe Teodorato, la oración es una, pero omnipotente. San Buenaventura asegura que con la oración podemos adquirir todos los bienes y librarnos de todos los males.

San Lorenzo Justiniano afirma que con la oración podemos levantarnos una torre fortísima donde hemos de estar seguros de las asechanzas y ataques de todos nuestros enemigos. San Bernardo escribe estas hermosas palabras: Fuerte es el poder del infierno, pero la oración es más fuerte que todos los demonios. Y ello es así, porque con la oración alcanza el alma la ayuda divina que es más poderosa que toda fuerza creada. Por esto el santo rey David, cuando le asaltaban los temores, se animaba con estas palabras, Con cánticos de alabanza invocaré al Señor y seré libre de todos mis enemigos. San Juan Crisóstomo lo resume en esta sentencia: La oración es arma poderosa, tutela, puerto y tesoro. Es arma poderosa porque con ella vencemos todos los asaltos del enemigo; defensa, porque nos ampara en todos los peligros; puerto, porque nos salva en todas las tempestades; y tesoro, porque con ella tenemos y poseemos todos los bienes.

Conociendo el Señor, como conoce, que tan grande bien sea para nosotros la necesidad de la oración, como se dijo en el anterior capítulo, permite que seamos asaltados de muchos y terribles enemigos para que acudamos a El y le pidamos la ayuda que El mismo nos prometió y bondadosamente nos ofrece. Si

halla mucha complacencia en ver cómo recurrimos a El, no es menor su pena y pesadumbre cuando nos halla perezosos en la oración. Lo mismo que un rey tendría por traidor al capitán que se hallara situado en una plaza y no pidiera fuerzas de socorro, de la misma manera, dice San Buenaventura tiene el Señor por traidor a aquel que al verse sitiado de tentaciones no acude a El en demanda de socorro, pues deseando está y esperando que se le pida para volar en su auxilio. Lo asegura el profeta Isaías: Díjole al rey Acaz de parte de Dios que pidiera el milagro que quisiera al Señor su Dios. Contestó el impío rey: Nada pediré ... no quiero tentar al Señor. Esto dijo, porque confiaba en sus ejércitos y para nada quería el apoyo del auxilio divino. Duramente se lo echó en cara el profeta con estas palabras. Oye, oh rey de la casa de David, ¿acaso te parece poco el hacer agravio a los hombres, que osáis hacerlo también a mi Dios? Con lo cual quiso significar que ofende e injuria al Señor aquel que deja de pedirle las gracias que El bondadosamente le ofrece.

Venid a mí todos los que andáis agobiados con cargas y trabajos, que yo os aliviaré. Pobres hijos míos, dice el Señor, los que andáis combatidos de tantos enemigos y cargados con el peso de tantos pecados, recurrid a Mí con la oración y yo os daré fuerzas para resistir y pondré remedio a todos vuestros males. En otro lugar dice por labios del profeta Isaías: Venid y argüidme ... aunque vuestros pecados sean rojos, como la grana, blancos quedarán, como la nieve. Que es lo mismo que decir: Hombres, venid a mí, y aunque tengáis vuestra conciencia manchada con grandes culpas, no dejéis de venir... y si después de haber acudido a mí, yo con mi gracia no os vuelvo vuestra alma pura y cándida como la nieve, os autorizo para que me lo echéis en cara.

¿Qué es la oración? La oración – responde el Crisóstomo – es áncora para el que está en peligro de zozobrar ... tesoro inmenso de riquezas para aquel que nada tiene, medicina efficacísima para los enfermos del alma. Defensa segurísima para aquel que quiere conservarse firme en santidad ¿Para qué sirve la oración? Responda por mí San Lorenzo Justiniano. La oración aplaca a Dios, el cual perdona al punto a aquel que con humildad se lo pide ... alcanza todas las gracias que pide ... vence todas las fuerzas del demonio; en una palabra, tan maravillosamente transforma a los hombres que a los ciegos ilumina, a los débiles fortifica y de los pecadores hace santos. El que tenga necesidad de luz divina acuda al Señor y tendrá luz. Lo dice Salomón: Invoqué al Señor y al punto descendió sobre mí la sabiduría. El que tenga necesidad de fortaleza, llame al Señor y tendrá fortaleza como lo confesaba el profeta David: Abrí los labios para rezar y en el acto recibí la ayuda de Dios. ¿Y cómo pudieron los mártires tener tan grande fortaleza que resistieron a todos los tiranos? Con la oración, con la cual tuvieron la fuerza para vencer todos los tormentos y hasta la misma muerte.

Resumiéndolo todo, escribe San Pedro Crisólogo que aquel que emplea el arma de la oración, no cae en la muerte de la culpa, sino que se desprende de la tierra, y se eleva a los cielos y goza del trato con Dios. Túrbanse algunos y se preguntan inquietos y miedosos: ¿Quién sabe si estaré escrito en el libro de la vida? ¿Quién sabe si Dios me dará la gracia eficaz y la perseverancia? Vanas son estas preguntas. Sigamos el ejemplo de San Pablo, el cual escribía. No os inquietéis por la solicitud de cosa alguna: mas en todo presentad a Dios vuestras peticiones por medio de la oración y de las plegarias, acompañadas de hacimiento de gracias. Con estas palabras parece que nos quiere decir: ¿Por qué inquietarnos con necios temores y con inútiles angustias? Dejad todas vuestras temerosas solicitudes, que no sirven más que para empujar a la desesperación y hacer tibios y perezosos en el camino de la salvación eterna. Rezad, rezad siempre; que vuestras plegarias suban continuamente ante el trono de Dios. Dadle siempre gracias por las promesas que os hizo de concederos todas las gracias que le pidiereis; la gracia eficaz, la perseverancia, la salvación y todo cuanto deseareis... Nos lanzó el Señor a la batalla contra enemigos fuertes, pero Él será fiel a la promesa que nos hizo de no permitir que seamos más fieramente combatidos de lo que nuestras fuerzas pueden resistir. Es fiel porque al punto socorre al que le invoca.

Dice a este propósito el eminentísimo cardenal Gotti: que el Señor no está obligado a darnos una gracia que sea tan poderosa como la tentación, pero si la tentación arrecia y nosotros acudimos a Él, entonces Él se obliga a darnos la fuerza necesaria para vencer la acometida del demonio. Todo lo podemos con la ayuda divina que el Señor da a aquel que humildemente se la pide. Por donde concluyamos que si somos vencidos, culpa nuestra es, por no haber rezado. Pues, como escribe san Agustín: por la oración huyen todos nuestros enemigos.

Dice San Bernardino de Sena que la oración es embajadora fiel. El rey del cielo la conoce muy bien, pues tiene por costumbre entrarse muy confiadamente en sus tabernáculos y allí no se cansa de importunarle

hasta que al fin alcanza la ayuda de su gracia para nosotros, pobres necesitados, que gemimos en medio de tantos combates y de tantas miserias en este valle de lágrimas. El profeta Isaías nos asegura que cuando el Señor oye nuestras plegarias, al punto se mueve tanto a compasión, que no nos deja llorar en demasía, pues luego nos responde concediéndonos lo que deseamos. Así lo dice el profeta: De ninguna manera llorarás: El Señor, apiadándose de ti, usará contigo de misericordia: al momento que oyere la voz de tu clamor, te responderá benigno. El profeta Jeremías así se queja en nombre de Dios. ¿Por ventura he sido yo para Israel algún desierto o tierra sombría que tarda en fructificar? Pues, ¿por qué motivo me ha dicho mi pueblo: Nosotros nos retiramos. no volveremos jamás a Ti? ¿Por qué no quieres recurrir más a mí? ¿Por ventura es para vosotros mi misericordia, tierra estéril, que no puede producir fruto alguno de gracia? ¿O es que pensáis que es tierra de mala ley, que sólo lleva frutos tardíos? Con estas palabras nos hace comprender el Señor que no deja El nunca de oír nuestras oraciones y sin tardanza, y a la vez condena la conducta de aquellos que dejan de rezar con el pretexto de que Dios no quiere escuchar.

Generoso favor sería de parte de Dios, si solamente una vez al mes se dignase acoger nuestras plegarias. Así lo hacen los grandes de la tierra, los cuales ponen dificultades para atender. No es así el Señor, antes por el contrario, dice el Crisóstomo, que siempre está aparejado a oír nuestras oraciones y no se dará jamás el caso de que le invoque un alma y El no oiga al punto su oración. En otro lugar dice el mismo santo que antes que nosotros terminemos de rezar ya ha oído El nuestra petición. Lo asegura el mismo Dios con estas palabras: Aún estaban ellos rezando, y ya les había oído mi misericordia. El santo rey David dice oportunamente que el Señor está muy junto a los que le invocan y se complace en oírlos y en salvarlos. Así habla el salmista: Pronto estará el Señor para todos los que le invocan de verdad. Condescenderá con la voluntad de los que le temen; oirá benigno sus peticiones y los salvará. Ya antes que él se gloriaba de lo mismo el santo caudillo Moisés: No hay nación por grande que sea que tenga los dioses tan cerca de sus adoradores, como está nuestro verdadero Dios presente a todas nuestras Plegarias. Los dioses gentiles eran sordos a las voces de los que los invocaban, porque eran simples estatuas o miserables criaturas que nada podían. Nuestro Dios todo lo puede, y por eso no es sordo a nuestras peticiones, antes por el contrario está siempre al lado del que reza para concederle todas las gracias que él pida. Decía el Salmista. En cualquier hora que te invoco, al instante conozco que tú eres mi Dios. Como si dijera: En esto conozco que eres mi Dios, Dios de bondad y de misericordia, en que me socorres apenas recurro a Ti.

Tan pobres somos que por nosotros mismos nada tenemos, pero con la oración podemos remediar nuestra pobreza. Si nada tenemos Dios es rico, y Dios, dice el Apóstol, es generoso con todos aquellos que le invocan. Con razón, pues, nos exhorta San Agustín a que tengamos confianza: Tratamos con un Dios que es infinito en poder y riquezas. No le pidamos cosas ruines y mezquinas, sino cosas muy altas y grandes. Pedir a un rey poderoso un céntimo vil, sería sin duda una especie de injuria. ¿Y no lo será hacer lo mismo con nuestro Dios? Aunque seamos pobres y miserables y muy indignos de los beneficios divinos, sin embargo, pidamos al Señor gracias muy grandes, porque así honramos a Dios, honramos su misericordia y su liberalidad, porque pedimos, apoyados en su fidelidad y en su bondad y en la promesa solemne que nos hizo de conceder todas las gracias a quien debidamente se las pidiere. Pediréis todo lo que queráis y todo se hará según vuestros deseos.

Santa María Magdalena de Pazzis, afirma que con este modo de orar se siente el Señor muy honrado. Y tanta consolación halla cuando vamos a El en busca de gracias, que no parece sino que Él mismo nos lo agradece, pues de esta manera le damos ocasión y le abrimos el camino de hacernos beneficios y de satisfacer así las ansias que tiene de hacernos bien a todos. Estemos persuadidos de que, cuando llamamos a las puertas de Dios para pedirle gracias, nos da siempre más de lo que le pedimos. Por esto decía el apóstol Santiago: Si alguno tiene falta de sabiduría, pídasela a Dios, que a todos la da copiosamente y no zahiere a nadie. Con esto quiso decirnos que Dios no es avaro de sus bienes, como suelen serlo los hombres. Los hombres de este mundo por muy generosos que sean, al dar limosna siempre encogen algo la mano y dan menos de lo que se les pide, porque, por muy grandes que sean sus tesoros, siempre son limitados, y así, a medida que van dando, suele ir disminuyendo su caudal. Dios a los que rezan da copiosamente con larga y abundante mano, y más de lo que se le pide, por que infinita es su riqueza, y por mucho que dé, nunca disminuyen sus tesoros ... Así lo decía David: Porque Tú Señor, eres suave, manso y de gran misericordia para todos los que te invocan. Como si dijera: Las misericordias que derramáis son tan abundantes, que superan con mucho la grandeza de los bienes que os piden. Pongamos, por tanto, sumo cuidado en rezar con gran confianza y estemos seguros de que, como decía el Crisóstomo, con la oración abriremos para dicha nuestra el arca de los tesoros divinos.

Eficacia preferente de la oración

Quede bien sentada que la oración es verdadero tesoro y que el que más pide, más recibe. San Buenaventura llega a afirmar que cuantas veces el hombre devotamente acude al Señor con la oración, gana bienes que valen más que el mundo entero.

Algunas almas, emplean mucho tiempo en leer y meditar y se ocupan muy poco de rezar. No niego que la lectura espiritual y la meditación de las verdades eternas sean muy útiles para el alma, mas San Agustín no duda en afirmar que es cosa mejor rezar que meditar. Y da la razón: Porque en la lección conocemos lo que tenemos que hacer y en la oración alcanzamos la fuerza para cumplirlo. Y, a la verdad, ¿de qué nos sirve saber lo que tenemos que hacer si no lo hacemos? Somos más culpables en la presencia de Dios. Leamos y meditemos en buena hora, pero es cosa cierta que no cumpliremos con nuestros deberes, si no pedimos a Dios la gracia para cumplirlos.

A propósito de esto dice San Isidoro que en ningún otro momento anda el demonio tan solícito en distraernos con pensamientos de cosas temporales, como cuando acudimos a Dios para pedirle sus gracias. ¿Por qué? Porque está bien persuadido el espíritu del mal que nunca alcanzamos mayores bienes espirituales que en la oración. Este, por tanto, ha de ser el fruto mayor de la meditación: aprender a pedir a Dios las gracias que necesitamos para la perseverancia y la salvación. Por esto muy principalmente se dice que la meditación es moralmente necesaria al alma para que se conserve en gracia, porque aquel que no se recoge para hacer meditación y en ese momento no reza y pide las gracias que necesita para la perseverancia en la virtud, no lo hará en otro momento, pues si no medita, ni pensará en rezar, ni siquiera comprenderá la necesidad que tiene de la oración. Por el contrario, el que todos los días hace meditación conoce muy bien las necesidades de su alma y los peligros en que se halla y la obligación que tiene de rezar. Rezará para perseverar y salvarse. De sí mismo decía el Padre Sèñeri que en los comienzos de su vida, cuando hacía meditación, ponía mayor empeño en hacer afectos que en pedir; mas cuando poco a poco llegaba a comprender la excelencia de la oración y su inmensa utilidad, ya en la oración mental pasaba Más tiempo en pedir y rezar.

Como el polluelo de la golondrina, así clamaré, decía el devoto rey Ezequías. Los polluelos de las golondrinas no hacen más que piar continuamente. Piden a sus madres el alimento que necesitan para vivir. Lo mismo debemos hacer nosotros, si queremos conservar la vida de la gracia: claramente siempre, pidamos al Señor que nos socorra para evitar la muerte del pecado y seguir adelante en la senda de su divino amor. De los padres antiguos que fueron grandes maestros del espíritu refiere el P. Rodríguez que se juntaron en asamblea y allí discutieron cuál sería el ejercicio más útil para alcanzar la salvación eterna; y resolvieron que parecía lo mejor repetir con frecuencia aquella breve oración del profeta David: Dios mío, ven en mi socorro. Eso mismo ha de hacer el que quiera salvarse, afirma Casiano, decir con frecuencia al Señor.- Dios mío, ayudadme ... ayúdame, oh mi buen Jesús. Esto hay que hacerlo desde el primer momento de la mañana, y esto hay que repetirlo en todas las angustias y en todas las necesidades, temporales y espirituales, pero muy particularmente, cuando nos veamos molestados por la tentación. Decía san Buenaventura que a veces más alcanzamos y más pronto con una breve oración, que con muchas obras buenas. Y más allá va San Ambrosio, pues dice que el que reza, mientras reza, ya alcanza algo, pues el rezar ya es singular don de Dios. Y San Juan Crisóstomo escribe que no hay hombre más poderoso en el mundo que el que reza. El que reza participa del poder de Dios. Todo esto lo comprendió San Bernardo en estas palabras: Para caminar por la senda de la perfección hay que meditar y rezar; en la meditación vemos lo que tenemos: con la oración alcanzamos lo que nos falta.

Resumen del Capítulo segundo.

Resumamos:

I. Sin oración cosa muy difícil es que nos podamos salvar; tan difícil que, como lo hemos demostrado, es del todo imposible según la ordinaria Providencia.

II. Con la oración, la salvación es segura y fácil. Porque en efecto, ¿qué se necesita para salvarnos? Que digamos: Dios mío ayudadme; Señor mío, amparadme y tened misericordia de mí. Esto basta. ¿Hay cosa más fácil? Pues, repitémoslo; que si lo decimos bien y con frecuencia, esto bastará para llevamos al cielo. San Lorenzo Justiniano nos exhorta muy encarecidamente que al principio de todas nuestras obras hagamos alguna oración. Casiano por su parte, nos recuerda el ejemplo de los antiguos padres, los cuales exhortaban a todos a que recurrieran a Dios con breves, pero frecuentes jaculatorias. San Bernardo decía:

Que nadie haga poco caso de la oración, ya que el Señor la estima tanto que nos da lo que pedimos o cosa mejor, si comprende que es más útil para nuestra alma

III. Pensemos que, si no rezamos, ninguna excusa podremos alegar, porque Dios a todos da la gracia de orar. En nuestras manos está el rezar siempre que queramos como lo confesaba el santo rey David: Haré para conmigo oración a Dios, autor de mi vida. Le diré al Señor.- Tú eres mi amparo. Mas de esto largamente hablaremos en la parte segunda. Allí se pondrá en claro que Dios da a todos la gracia de orar; y así con la oración podemos alcanzar los socorros divinos que necesitamos para observar los mandamientos y perseverar hasta el fin en el camino del bien. Ahora afirmo únicamente que si no nos salvamos, culpa nuestra será. Y la causa de nuestra infinita desgracia será una sola: que no hemos rezado.

B. CONDICIONES DE LA BUENA ORACIÓN

En verdad, en verdad os digo que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederá. Tal es la bella promesa que nos ha hecho Jesucristo. Dice que nos concederá todo cuanto le pidamos, pero debemos entender que con la condición de que recemos con las debidas disposiciones. Ya lo dijo el apóstol Santiago: Si pedís y no alcanzáis lo que pedís, es porque pedís malamente. Y San Basilio, apoyando esta sentencia del apóstol, escribe: Si alguna vez pediste y no recibiste, fue seguramente porque pediste con poca fe y poca confianza, con pocas ansias de alcanzar la divina gracia porque pediste cosas no convenientes o porque no perseveraste en la oración hasta el fin, Santo Tomás reduce a cuatro las condiciones para que la oración sea eficaz: pedir por uno mismo, pedir cosas necesarias para la salvación, pedir las con piedad y pedir las con perseverancia.

I. SE DICE POR QUIÉN HEMOS DE PEDIR

PEDIR POR UNO MISMO. La primera condición de la oración, dice el Doctor Angélico, es que pidamos por nosotros mismos. Sostiene, en efecto, el santo Doctor, que nadie puede alcanzar para otro hombre la vida eterna, ni por tanto las gracias que conducen a ella a título de justicia, ex condigno, como dice la teología. Y advierte además esta razón: que la promesa que hizo el Señor a los que rezan es solamente a condición de que recen por ellos mismos y no por los demás. Dabit vobis. A vosotros se os dará.

Hay sin embargo muchos doctores que sostienen lo contrario, tales como Cornelio Alápide, Silvestre, Toledo, Habert y otros, y se apoyan en la autoridad de San Basilio, el cual afirma categóricamente que la eficacia de la oración es infalible, aun cuando recemos por otros, con tal que ellos no pongan algún impedimento positivo. Se apoya en las sagradas Escrituras que dicen: Orad los unos por los otros para que seáis salvos: que es muy poderosa ante Dios la oración del justo. Y todavía es más claro lo que leemos en San Juan: El que sabe que su hermano ha cometido un pecado, ruegue por él y Dios dará la vida al que peca, no de muerte.

Comentando estas palabras San Agustín, San Beda y San Ambrosio dicen que aquí se trata del pecador que se empeña en vivir en impenitencia o sea en la muerte del pecado; pues para los obstinados en la maldad se necesita una gracia del todo extraordinaria. A los pecadores que no son culpables de tan grande maldad podemos salvarlos con nuestras acciones. Así lo aseguran, apoyados en esta solemne afirmación del apóstol San Juan: Reza y Dios dará la vida al pecador.

Lo que en todo caso está fuera de duda es que las oraciones que hacemos por los pecadores, a ellos les son muy útiles y agradan mucho al Señor: y no pocas veces se lamenta el mismo Salvador de que sus siervos no le recomiendan bastante los pecadores. Así lo leemos en la vida de santa María Magdalena de Pazzis, a la cual dijo un día Jesucristo: Mira, hija, cómo los cristianos viven entre las garras de los demonios. Si mis escogidos no los libran con sus oraciones, serán totalmente devorados.

Muy especialmente pide esto Ntro. Señor Jesucristo a los sacerdotes y religiosos. Por esto la misma santa hablaba así a sus monjas: Hermanas, Dios nos ha sacado del mundo no sólo para que trabajemos por nosotros, sino también para que aplaquemos la cólera de Dios en favor de los pecadores. Otro día dijo el Señor a la misma santa carmelita: A vosotras, esposas predilectas, os he confiado la ciudad de refugio, que es mi sagrada Pasión: encerraos en ella y ocupaos en socorrer a aquellos hijos que perecen... y ofreced vuestra vida por ellos. Por esto la santa, inflamada de caridad, cincuenta veces al día ofrecía a Dios la sangre del Redentor por los pecadores y tanto se consumía en las llamas de su devoción, que exclamaba: ¡Qué pena tan grande, Señor, ver que podría muriendo hacer bien a vuestras criaturas y no

poder morir! En todos sus ejercicios de piedad encomendaba al Señor la conversión de los pecadores, y leemos en su biografía, que ni una sola hora del día pasaba sin rezar por ellos. Levantábase muchas veces a media noche y corría a rezar ante el sagrario por los pecadores. Un día la hallaron llorando amargamente. Le preguntaron la causa de su llanto y contestó: Lloro, porque me parece que nada hago por la salvación de los pecadores. Llegó hasta ofrecerse a sufrir las penas del infierno, con la sola condición de no odiar allí al Señor. Probóla el Señor con grandes dolores y penosas enfermedades. Todo lo padecía por la conversión de los pecadores. Rezaba de modo especial por los sacerdotes, porque sabía que su vida santa era salvación de muchos, y su vida descuidada, ruina y condenación de no pocos. Por eso pedía al Señor que castigase en ella los pecados de los desgraciados pecadores. Señor, decía, muera yo muchas veces y otras tantas torne a la vida hasta que pueda satisfacer por ellos a vuestra divina justicia. Por este camino salvó muchas almas de las garras del demonio, como leemos en su biografía.

Aunque he querido hablar más extensamente del celo de esta gran santa, puede muy bien decirse lo mismo de todas las almas verdaderamente enamoradas de Dios, pues todas ellas no cesan de rogar por los pobres pecadores. Así ha de ser, porque el que ama a Dios, comprende el amor que el Señor tiene a las almas y lo que Jesucristo ha hecho y padecido por ellas, y a la vez se da cuenta de las grandes ansias que tiene ese Divino Salvador de que todos recemos por los pecadores; y entonces ¿cómo es posible que vea con indiferencia la ruina de esas almas desgraciadas que viven sin Dios y esclavas del infierno? ¿Cómo no se sentiría movida a pedir al Señor que dé a esas desventuradas luz y fuerza para salir del estado lastimoso en que viven y duermen perdidas? Es verdad que el Señor no ha prometido escucharnos cuando aquellos por quienes pedimos ponen positivos impedimentos a su conversión, mas no lo es menos que Dios, por su bondad y por las oraciones de sus siervos da muchas veces gracias extraordinarias a los pecadores más obstinados, y así logra arrancarlos del pecado y ponerlos en camino de salvación. Por tanto, cuando digamos u oigamos la santa misa, en la comunión, en la meditación, y cuando visitemos a Jesús Sacramentado, no dejemos de pedir por los pobres pecadores. Afirma un sabio escritor que quien más pide por los otros más pronto verá oídas las plegarias que haga por sí mismo.

Dejemos a un lado esta breve digresión y sigamos explicando las condiciones que exige Santo Tomás para que sean eficaces nuestras oraciones.

II. HAY QUE PEDIR COSAS NECESARIAS PARA LA SALVACIÓN

La segunda condición que pone el Angélico es que pidamos cosas que sean convenientes y necesarias para nuestra salvación, pues la promesa que nos hizo el Señor no es de cosas exclusivamente materiales y que no son convenientes para la vida eterna, sino de aquellas gracias que necesitamos para ir al cielo. Dijo el Señor que pidiéramos en su nombre. Y comentando estas palabras, San Agustín, dice claramente que no pedimos en nombre del Señor cuando pedimos cosas que son contra la salvación.

Pedimos no pocas veces a Dios bienes temporales y no nos escucha. Dice el santo que esto es disposición de su misericordia, porque nos ama y nos quiere bien. Y da esta razón: Lo que al enfermo conviene, mejor lo sabe el médico que el mismo enfermo. Y el médico no da al enfermo cosas que pudieran serle nocivas. Cuántos que caen en pecados, estando sanos y ricos, no caerían si se encontraran pobres o enfermos. Y por esto cabalmente a algunos que le piden salud del cuerpo y bienes de fortuna se los niega el Señor. Es porque los ama y sabe que aquellas cosas serían para ellos ocasión de pecado o de vivir vida de tibieza en la vida espiritual.

No queremos decir con esto que sea falta pedir cosas convenientes para la vida presente. También las pedía el Sabio en las Sagradas Escrituras: Dame tan sólo, Señor, las cosas necesarias para la vida cotidiana. Tampoco es defecto, como afirma Santo Tomás, tener por esos bienes materiales una ordenada solicitud. Defecto sería, si miráramos esas cosas terrenales como la suprema felicidad de la vida y pusiéramos en su adquisición desordenado empeño, como si en tales bienes consistiera toda nuestra felicidad. Por eso, cuando pedimos a Dios gracias temporales, debemos pedir las con resignación y a condición de que sean útiles para nuestra salvación eterna. Si por ventura el Señor no nos las concediera estemos seguros que nos las niega por el amor que nos tiene, pues sabe que serían perjudiciales para nuestro progreso espiritual que es lo único que merece consideración.

Sucede también a menudo que pedimos al Señor que nos libre de una tentación peligrosa, mas el Señor no nos escucha y permite que siga la guerra de la tentación. Confesemos entonces también que lo permite Dios para nuestro mayor bien. No son las tentaciones y malos pensamientos los que nos apartan de Dios,

sino el consentimiento de la voluntad. Cuando el alma en la tentación acude al Señor y la vence con el socorro divino ¡cómo avanza en el camino de la perfección! ¡Qué fervorosamente se une a Dios! Y por eso cabalmente no la oía el Señor.

¡Con qué ansias acudía al cielo el apóstol San Pablo! ¡Cómo pedía al Señor que le quitara las graves tentaciones que le perseguían! Contestóle el Señor: Te basta mi gracia. Así lo confiesa él mismo en la carta a los de Corinto: Para que las grandezas de las revelaciones no me envanezcan, se me ha dado el estímulo de la carne que es como un ángel de Satanás que me abofetea. Tres veces pedí al Señor que le apartase de mí. Y respondiome: Te basta mi gracia.

Lo que debemos hacer en la tentación es clamar a Dios con fervor y resignación, diciéndole: Libradme, Señor, de este tormento interior, si es conveniente para mi alma, y si queréis que siga, dadme la fuerza de resistir hasta el fin. Debemos decir a este respecto con San Bernardo: que cuando pedimos a Dios una gracia, El nos da esa gracia u otra mejor. A veces permite que nos azoten las tempestades para que de esta manera quede afirmada nuestra fidelidad y mayor ganancia de nuestro espíritu. Parecía que estaba sordo a nuestras plegarias... pero no es así. Al contrario, estemos ciertos que en esos momentos se halla muy cerca de nosotros, fortificándonos con su gracia, para que resistamos el ataque de nuestros enemigos. Así muy cumplidamente nos lo enseña el salmista con estas palabras. En la tribulación me invocaste y yo te libré. Te oí benigno en la oscuridad de la tormenta. Te probé junto a las aguas de la contradicción.

III. HAY QUE ORAR CON HUMILDAD

Escucha el Señor bondadosamente las oraciones de sus siervos, pero sólo de sus siervos sencillos y humildes, como dice el Salmista: Miró el Señor la oración de los humildes. Y añade el apóstol Santiago: Dios resiste a los soberbios y da sus gracias a los humildes. No escucha el Señor las oraciones de los soberbios que sólo confían en sus fuerzas, antes los deja en su propia miseria, y en ese mísero estado, privados de la ayuda de Dios, se pierden sin remedio. Así lo confesaba David con lágrimas amargas: Antes que fuera humillado, caí. Pequé porque no era humilde. Lo mismo acaeció al apóstol Pedro el cual, cuando el Señor anunció que aquella misma noche todos sus discípulos le habían de abandonar, él, en vez de confesar su debilidad y pedir fuerzas al Maestro para no serle infiel, confió demasiado en sus propias fuerzas y replicó animoso que, aunque todos le abandonaran, él no le abandonaría. Predícele de nuevo Jesús que aquella misma noche, antes que cantase el gallo, tres veces le había de negar; de nuevo, Pedro fiado en sus bríos naturales contestó orgullosamente: Aunque tenga que morir, yo no te negaré. ¿Qué pasó? Apenas el malhadado puso los pies en la casa del pontífice, le echaron en cara que era discípulo del Nazareno y él por tres veces le negó descaradamente y afirmó con juramento que no conocía a tal hombre. Si Pedro se hubiera humillado y con humildad hubiera pedido a su divino Maestro la gracia de la fortaleza, seguramente no le hubiera negado tan villanamente.

Convenzámonos de que estamos todos suspendidos sobre el profundo abismo de nuestros pecados ... por el hilo de la gracia de Dios. Si ese hilo se corta, caeremos ciertamente en ese abismo y cometeremos los más horribles pecados. Si el Señor no me hubiera socorrido, seguramente sería el infierno mi morada. Eso decía el Salmista y eso podemos repetir nosotros también. Esto mismo quería manifestar San Francisco de Asís cuando de sí mismo decía que era el mayor pecador del mundo. Contraedíjole el fraile que le acompañaba: Padre mío, le dijo, eso no es verdad, pues de seguro que hay en el mundo muchos pecadores que han cometido más graves pecados. A lo cual contestó el Santo: Muy verdadero es lo que decís; pues si Dios no me tuviera de su mano, hubiera hecho los más horribles pecados que se pueden cometer.

Es verdad de fe que sin la ayuda de la gracia de Dios no puede el hombre hacer obra alguna buena, ni siquiera tener un santo pensamiento. Así lo afirmaba también San Agustín: Sin la gracia de Dios no puede el hombre ni pensar ni hacer cosa buena. Y añadía el mismo Santo: Así como el ojo no puede ver sin luz, así el hombre no puede obrar bien sin la gracia. Y antes lo había escrito ya el Apóstol: No somos capaces por nosotros mismos de concebir un buen pensamiento, como propio, sino que nuestra suficiencia y capacidad vienen de Dios. Lo mismo que siglos antes había confesado el rey David, cuando cantaba: Si el Señor no es el que edifica la casa en vano se fatigan los que la edifican. Vanamente trabaja el hombre en hacerse santo, si Dios no le ayuda con su poderosa mano. Si el Señor no guarda la ciudad, inútilmente se desvela el que la guarda. Si Dios no defiende del pecado el alma, vano empeño sería quererlo hacer ella con sus solas fuerzas. Por eso decía el mismo real profeta: No confiaré en mi arco. No confío en la fuerza

de mis armas, solamente Dios me puede salvar.

El que sinceramente tenga que reconocer que hizo algún bien y que no cayó en más graves pecados, diga con el apóstol San Pablo: Por la gracia de Dios soy lo que soy. Y por esta misma razón debe vivir en santo temor, como quien sabe que a cada paso puede caer. Mire, pues, no caiga el que piense estar firme. Con estas palabras que son del mismo apóstol nos quiso decir que está en gran peligro de caer el que ningún miedo tiene a caer. Y nos da la razón con estas palabras: Porque si alguno piensa ser algo, se engaña a sí mismo, pues verdaderamente de suyo nada es. Sabiamente nos recordaba lo mismo el gran San Agustín, el cual escribió: Dejan muchos de ser firmes, porque presumen de su firmeza.. Nadie será más firme en Dios que aquel que de por sí se crea menos firme. Por tanto si alguno dijere que no tiene temor, señal será que confía en sus fuerzas y buenos propósitos; pero los que tal piensan, andan muy engañados con esta vana confianza de sí mismos, y fiados en sus solas fuerzas no temerán y no temiendo dejarán a Dios y por este camino su ruina es inevitable y segura.

Pongamos también mucho cuidado en no tener vanidad de nosotros mismos, cuando vemos los pecados en que por ventura vienen a caer los demás; por el contrario, tengámonos entonces por grandes pecadores y digamos así al Señor: Señor mío, peor hubiera obrado yo, si Vos no me hubierais sostenido con vuestra gracia. Porque si no nos humillamos, bien pudiera ser que Dios, en castigo de nuestra soberbia, nos dejara caer en más graves y asquerosas culpas. Por esto el Apóstol nos manda que trabajemos en la obra de nuestra salvación. Pero ¿cómo? temiendo y temblando. Y es así, porque aquel que teme caer desconfía de sí mismo y de sus fuerzas y pone toda su confianza en Dios pues que en El confía, a El acude en todos los peligros, le ayuda el Señor y le sacará vencedor de todas las tentaciones.

Caminaba por Roma un día San Felipe Neri y por el camino iba diciendo: Estoy desesperado. Le corrigió un religioso y el Santo le contestó: Padre mío, desesperado estoy de mí mismo ... pero confío en Dios. Eso mismo hemos de hacer nosotros, si de veras queremos salvarnos. Desconfiemos de nuestras humanas fuerzas. Imitemos a San Felipe, el cual apenas despertaba por la mañana decía al Señor: Señor, no dejéis hoy de la mano a Felipe, porque si no, este Felipe os va a hacer alguna trastada,

Concluamos, pues, con San Agustín que toda la ciencia M cristiano consiste en conocer que el hombre nada es y nada puede. Con esta convicción no dejará de acudir continuamente a Dios con la oración para tener las fuerzas que no tiene y que necesita para vencer las tentaciones y practicar la virtud. Y así obrará bien, con la ayuda de Dios, el cual nunca niega su gracia a aquel que se la pide con humildad. La oración del humilde atraviesa las nubes... y no se retira hasta que la mire benigno el Altísimo. Y aunque el alma sea culpable de los más grandes pecados, no la rechaza el Señor, porque, como dice David: Dios no desprecia un corazón contrito y humillado. Por el contrario: Resiste Dios a los soberbios y a los humildes les da su gracia. Y así como el Señor es severo para los orgullosos y rechaza sus peticiones, así en la misma medida es bondadoso y espléndido con los humildes. El mismo Señor dijo un día a Santa Catalina de Sena: Aprende, hija mía, que el alma que persevera en la oración humilde, alcanza todas las virtudes.

A este propósito parécenos bien apuntar aquí un consejo que en una nota a la carta décimooctava de Santa Teresa trae el piadosísimo Obispo Palafox y que se dirige muy especialmente a las personas que tratan de cosas del espíritu y quieren hacerse santas. Escribe la Santa a su confesor y le da cuenta de los grados de oración sobrenatural con que el Señor la había favorecido. Sobre esto el citado Prelado nos enseña que esas gracias sobrenaturales que se dignó conceder Dios a Santa Teresa y a otros santos no son necesarias para llegar a la santidad, ya que muchas almas llegaron sin ellas a la más alta perfección y otras muchas por el contrario, aunque alguna vez las gozaron, al fin miserablemente se perdieron. De aquí concluye que es tontería y presunción pedir esos dones sobrenaturales, ya que el verdadero camino para llegar a la santidad es ejercitarnos en la virtud y en el amor de Dios, y a esto se llega por medio de la oración y de la correspondencia a las luces y gracias de Dios, que sólo desea vernos santos, como dice el Apóstol: Ésta es la voluntad de Dios ... vuestra santificación.

Luego pasa a tratar el dicho piadoso escritor de los grados de oración extraordinaria de los cuales la Santa escribía, esto es, de la oración de quietud, del sueño y suspensión de las potencias, de la unión, del éxtasis, del vuelo y de la herida espiritual. Sobre estas cosas escribe discretamente el sabio autor.

En vez de oración de quietud debemos pedir y desear que Dios nos libre de todo afecto y deseo de bienes mundanos que, no tan sólo no dan la paz, sino que por el contrario traen consigo inquietud y aflicción de

espíritu, como dijo Salomón: Todo es vanidad y aflicción de espíritu. No hallará jamás verdadera paz el corazón del hombre si no arroja de sí todo aquello que no es del agrado de Dios, para dejar lugar totalmente al amor divino, el cual debe poseerlo por completo. Mas esto de por sí no puede tenerlo el alma y tendrá que alcanzarlo con continua oración.

En vez del sueño y suspensión de potencias, pidamos a Dios que tengamos el alma dormida y muerta para todas las cosas temporales y muy despierta para meditar la bondad divina y para suspirar por el amor santo y los bienes eternos.

En vez de la unión de las potencias pidamos a Dios la gracia de no pensar, buscar y desear sino lo que sea su divino querer, pues la santidad más alta y la perfección más sublime sólo consisten en la unión de nuestra voluntad con la voluntad divina.

En vez de éxtasis y raptos será mucho mejor que pidamos a Dios que nos arranque del alma el amor desordenado de nosotros mismos y de las criaturas y que nos arrastre detrás de sí y de su amor.

En vez del vuelo del espíritu pidamos al Señor la gracia de vivir enteramente despegados de este mundo, como las golondrinas, que no se posan sobre la tierra para comer, si no que volando comen. Con lo cual debe entenderse que sólo debemos tomar aquellas cosas materiales que son necesarias para sostenimiento de la vida, pero volando por los aires siempre, es decir, sin detenernos en la tierra para saborear los placeres de este mundo.

En vez del ímpetu del espíritu pidamos al Señor que nos dé aquella energía y aquella fortaleza que nos son necesarias para resistir a los ataques de nuestros enemigos y para vencer las pasiones y abrazarnos con la cruz, aun en medio de las desolaciones y tristezas espirituales.

Y en cuanto a la herida espiritual pensemos que, así como las heridas con sus dolores nos traen a cada paso a la memoria el recuerdo de nuestro mal, así hemos de pedir a Dios que de tal suerte nos hiera con la lanzada de su santo amor, que recordemos continuamente su bondad y el apodo que nos ha tenido, y de esta manera podamos vivir siempre amándolo y complaciéndolo con obras y deseos.

Pues todas estas gracias no se alcanzan sin oración, y con ella se alcanza todo, con tal que sea humilde, confiada y perseverante.

IV. HAY QUE ORAR CON CONFIANZA

Lo que más encarecidamente nos pide el apóstol Santiago, si queremos alcanzar con la oración las divinas gracias, es que recemos con la más firme confianza de que seremos oídos. Pide, dice, con confianza, sin dudar nada. Santo Tomás nos enseña que así como la oración tiene su mérito por la caridad, así tiene su maravillosa eficacia por la fe y la confianza. Lo mismo nos predica San Bernardo, el cual afirma solemnemente que la sola confianza nos obtiene las misericordias divinas.

La causa de que nuestra confianza en la misericordia divina sea tan grata al Señor es porque de esta manera honramos y ensalzamos su infinita bondad que fue la que El quiso sobre todo manifestar al mundo cuando nos dio la vida. Así lo cantaba el profeta, cuando decía: Alégrense, Dios mío, todos los que en Ti esperan, porque así serán eternamente benditos y Tú vivirás en medio de ellos. Y en otro lugar exclama: Protector es el Señor de todos los que esperan en El. Señor, Tú eres el que salvas a los que confían en Ti.

¡Oh, qué hermosas son las promesas que Dios ha hecho en las Sagradas Escrituras a aquellos que confían en El! Los que esperan en El no caerán en pecado. La causa la da el profeta David, cuando dice que los ojos del Señor descansan sobre aquellos que le temen y confían en su misericordia para salvar sus almas de la muerte de la culpa. En otro lugar dice el mismo Señor: Porque esperó en Mí, le libaré.. le protegeré, le salvaré, Le glorificaré. Nótese aquí que la razón que da para protegerlo y salvarlo y glorificarlo en la vida eterna es porque confió en Dios. Hablando también el profeta Isaías de aquellos que confían en el Señor, dice: Los que tienen puesta en el Señor su esperanza adquirirán nuevas fuerzas, tomarán alas, como de águila, correrán y no se fatigarán, andarán y no desfallecerán. Es decir: Ya no serán débiles, porque Dios les dará la fortaleza, y no tan sólo no caerán, sino que ni siquiera hallarán fatiga en el camino de la salvación: correrán, volarán como águilas. Añade el mismo santo Profeta: En la quietud y en la esperanza estará vuestra fortaleza. Esto nos quiere decir que toda nuestra fortaleza está en poder de Dios y en callar, es decir, descansando amorosamente en los brazos de su misericordia, y no haciendo caso de

la ayuda y de los medios humanos.

¿Se oyó por ventura que alguna vez se haya perdido el que en Dios confió? Ninguno jamás esperó en el Señor y se quedó confundido. San Agustín pregunta: ¿Será Dios tan mezquino que se ofrezca a sacarnos con bien de los peligros si acudimos a Él, y luego nos deje solos y abandonados cuando hemos acudido a Él? Y responde: No, no es Dios un charlatán que se ofrece con palabras a sostenernos, y retira el hombro cuando queremos apoyarnos en Él.

Bienaventurado el hombre que espera en Ti, decía al Señor el Real Profeta. ¿Por qué? Responde el mismo Santo Rey: porque a aquel que confía en Dios le circundará por todas partes la misericordia divina. Y de tal modo será ceñido y rodeado de la protección de Dios que estará bien seguro contra todos sus enemigos y no correrá ningún peligro de perderse.

Por eso no se cansa el Apóstol de exhortarnos a que no perdamos nunca la confianza en Dios, porque le está reservada una grande recompensa. Como sea nuestra confianza, así serán las gracias que recibiremos de Dios. Si es grande, grandes serán las gracias divinas. Confianza grande, cosas grandes merece, escribía San Bernardo, y añadía que la misericordia divina es fuente abundantísima y que el que a ella acude con vaso grande, cuanto mayor sea el vaso de confianza con que acudimos a ella, mayor es la cantidad de gracias que recibimos. Lo mismo había dicho ya antes el Real Profeta: Sea tu misericordia, Señor, sobre nosotros, según nosotros esperamos en Ti. Lo vemos confirmado en el centurión del Evangelio, al cual dijo Jesucristo, ponderando su confianza: Vete y hágase como confiaste. A Santa Gertrudis le reveló el Señor que el que pide con confianza tiene tal fuerza sobre su corazón, que no parece sino que le obliga a oírle y darle todo lo que pide. Lo mismo afirmó San Juan Clímaco: La oración hace dulcemente violencia sobre Dios.

San Pablo nos exhorta a la confianza con estas fervorosas palabras: Lleguémonos confiadamente al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar el auxilio de la gracia para ser socorridos a tiempo oportuno. El trono de la gracia es Jesús. Sentado está ahora a la diestra del Padre, no en trono de justicia, sino en trono de gracia, para darnos el perdón si vivimos en pecado, y la fuerza para perseverar si gozamos de su divina amistad. A ese trono hemos de acudir siempre con confianza, con aquella confianza que proviene de la fe que tenemos en la bondad y en la fidelidad de Dios, confianza firme e invencible, ya que se apoya en la palabra del Señor que ha prometido oír la oración de aquellos que de tal manera le rezaren.

Aquel que por el contrario se pone a orar con duda y desconfianza esté seguro que nada puede recibir. Así lo asegura el apóstol Santiago: El que anda dudando es semejante a la ola del mar, alborotada y agitada por el viento, de acá para allá. Así que un hombre tal no tiene que pensar que ha de recibir poco ni mucho del Señor. Nada alcanzará, porque la necia desconfianza que turba su corazón será un obstáculo para los dones de la divina misericordia. No pediste bien, dice San Basilio, cuando pediste con desconfianza. Y el profeta David dice que nuestra confianza debe ser firme como montañas que no se mueven a capricho de los vientos. Los que ponen su confianza en el Señor estarán firmes como el monte de Sión, que no se cuarteará jamás. Oigamos, por tanto, el divino consejo que nos da nuestro Redentor, si de veras queremos obtener las gracias que pedimos. Todas cuantas cosas pidierais en la oración, tened viva fe de conseguirlas, y sin duda se os concederán sin falta.

V. LOS FUNDAMENTOS DE NUESTRA CONFIANZA

Y ahora quizás dirá alguno: Pues si yo soy ruin y miserable ¿sobre qué fundamento puedo apoyar mi confianza de alcanzar todo lo que pidiere? ¿Sobre qué fundamento? Sobre aquella promesa infalible que hizo Jesucristo, cuando dijo: Pedid y recibiréis. ¿Quién puede temer ser engañado, pregunta San Agustín, cuando el que promete es la misma verdad? ¿Cómo podemos dudar de la eficacia de nuestras oraciones, cuando Dios, que es la misma verdad, nos garantiza solemnemente que nos dará todo lo que pidamos? Y añade el mismo santo Doctor: No nos exhortaría a pedir, si no quisiera escuchar. Pero leamos el Evangelio y veremos cuán encarecidamente nos inculca el Señor que oremos: Orad, pedid, buscad, y alcanzaréis cuanto pidieréis. Pedid cuanto queréis: todo se hará a medida de vuestros deseos. Y para que le pidiéramos con esta debida confianza quiso que en la oración dominical, en la cual recurrimos a Dios para pedirle las gracias necesarias para nuestra salvación eterna, pues todas en esa divina oración están encerradas, y demos no el nombre de Señor, sino el de Padre. Es que quiere que pidamos las gracias a

Dios con aquella amorosa confianza con que un hijo pobre y enfermo busca el pan y la medicina en el corazón de su padre. Si un hijo, en efecto, estuviera para morirse de hambre, le bastaría decírselo a su padre, y éste al punto le daría el alimento necesario; y si el hijo por ventura fuese mordido de una venenosa serpiente, que vaya al padre con la herida abierta, que sin duda en el acto le aplicará remedio.

Vamos, pues, lo que nos dice el apóstol San Pablo: Mantengamos firme la esperanza que hemos confesado, pues es fiel el que hizo la promesa. Confiados en esta divina promesa, pidamos siempre con confianza, y no sea confianza vacilante, sino firme e inmovible. Pues si es cierto que Dios es fiel a sus promesas, la misma certidumbre ha de tener nuestra confianza de alcanzar todo lo que le pidamos. Verdad es que hay momentos en que por aridez del espíritu o por otras turbaciones, que agitan nuestro corazón, no podemos rezar con la confianza que quisiéramos tener. Mas ni en estos casos dejemos de rezar, aunque tengamos que hacernos violencia. Dios nos escuchará- Bien pudiera ser que entonces nos oiga más prontamente el Señor, pues en ese estado rezamos más desconfiados de nosotros mismos y más fiados en la bondad y fidelidad de Dios a las promesas que hizo a la oración. ¡Oh, cómo se complace el Señor al ver que en la hora de la tribulación, de los temores y de la tentación, seguimos esperando en El contra toda esperanza, esto es, contra aquel sentimiento de desconfianza que la desolación interior quiere levantar en nuestro espíritu!

Así decía San Pablo en alabanza de Abraham: que seguía en su esperanza contra toda esperanza. Afirma San Juan que aquel que se pone con firme confianza en Dios será santo. Lo dice con estas palabras: Quien en El tiene tal esperanza, se santifica a sí mismo, así como Él es santo también. La razón es que Dios derrama abundantemente las gracias sobre los que confían en Él. Sostenidos por esta confianza tantos mártires, tantos niños y tantas vírgenes, aun en medio de los más horribles tormentos que los tiranos inventaron contra ellos, vencieron y se mantuvieron en la fe. Si a veces sucede que nos asaltan dudas de desconfianza, no por eso dejemos de orar. Perseveremos en la oración hasta el fin. Así lo hacía el Santo Job, el cual repetía generoso: Aunque me llegare a matar, en El esperaré. Dios mío, aunque me arrojes de tu presencia no dejaré de orar y confiar en tu misericordia. Hagámoslo así y estemos seguros de que alcanzaremos de Dios todo lo que queramos.

Así hizo la cananea y por este camino consiguió de Jesucristo lo que pedía. Tenía la desventurada madre a su hija poseída del demonio y se acercó al Redentor para que la curase: Ten piedad de mí, le dijo, mi hija está cruelmente atormentada del demonio. Replicóle el Señor que Él no había venido a salvar a los gentiles, sino a los judíos. No perdió la mujer la confianza, antes prosiguió diciendo con mayores ansias: Señor, si queréis, podéis salvarme. Señor, ayudadme ... Y otra vez le sale al paso Jesucristo con estas palabras: El pan de los hijos no hay que tirárselo a los perros. A lo cual replicó ella: Es verdad, Señor, pero al menos a los perritos se les echa las migajas que sobran en la mesa de los amos. Y aquí ya no pudo negarse el Señor y alabando la fe y la confianza de aquella mujer, le concedió la gracia que le pedía diciéndole: ¡Oh mujer, qué grande es tu confianza, hágase como deseas! Con razón, pues, dice el Eclesiástico: ¿Quién invocó al Señor y fue despreciado por Él?

Dice San Agustín que la oración es la llave maravillosa que nos abre todos los tesoros del cielo. Apenas nuestra oración llega al Señor, desciende sobre nosotros la gracia que acabamos de pedir. Sus palabras son éstas: Es la llave y puerta del cielo ... sube la oración y desciende la misericordia de Dios. Esto es tan verdadero, que el Real Profeta dice que juntas caminan siempre la oración nuestra y la misericordia de Dios. Bendito sea el Señor que no desechó mi oración ni retiró de mí su misericordia. San Agustín nos enseña lo mismo, cuando escribe: Cuando ves que tu oración está en tus labios, date cuenta y está seguro que se halla muy junto también de ti su divina misericordia. De mí sé decir que no siento nunca mayor consolación en mi espíritu, ni tengo confianza más firme de salvarme, que cuando me hallo a los pies de mi Dios, rezando y encomendándome a su bondad. Lo mismo tengo por cierto que pasará a los demás, pues otras señales de predestinación inciertas son y falibles, pero que Dios oye la oración de quien le reza con confianza, es verdad indubitable e infalible, como infalible es que Dios no puede ser infiel a sus promesas.

Así, pues, cuando sintamos nuestra debilidad e impotencia para vencer las pasiones u otras dificultades que se oponen a la voluntad de Dios sobre nosotros digamos animosos con el Apóstol: Todo lo puedo en Aquel que es mi fortaleza. Jamás se nos ocurra pensar, no puedo ... no me siento con fuerzas ... Es cierto que con nuestras fuerzas nada podemos, mas lo podemos todo con la ayuda divina. Si Dios dijera a uno de sus siervos: Toma este monte, échatelo a la espalda y llévalo de aquí que yo te ayudaré, y él dijere: No quiero, porque no tengo fuerzas para tanto... ¿no le tendríamos por necio y poco confiado? Pues, cuando

nosotros por ventura nos veamos llenos de miserias y enfermedades y reciamente combatidos de tentaciones, no perdamos los ánimos, antes alcemos los ojos al cielo y digamos a Dios con David: Ayúdame, Señor, y despreciaré a todos mis enemigos. Con tu ayuda, oh, Dios mío, me burlaré de los asaltos de todos los enemigos de mi alma y venceré. Y cuando nos hallemos en grave peligro de ofender a Dios o en trance de funestas consecuencias, y no sepamos a donde volver los ojos, volvámonos a Dios y encomendémonos a Él, diciéndole: El Señor es mi luz y mi salvación ... ¿a quién puedo temer? Tengamos absoluta certidumbre de que el Señor nos iluminará y nos librá de todo mal.

VI. TAMBIÉN LOS PECADORES DEBEN ORAR

No faltará alguno que dirá por ventura: Soy pecador y por tanto no puedo rezar, porque leí en las Sagradas Escrituras: Dios no oye a los pecadores. Mas nos ataja Santo Tomás, diciendo con San Agustín, que así habló por su cuenta el ciego del Evangelio, cuando aún no había sido iluminado por Cristo. Y luego, añade el Angélico, que eso sólo se puede decir del pecador, en cuanto es pecador, esto es, cuando pide al Señor medios para seguir pecando, como si se pidiese al cielo ayuda para vengarse de su enemigo o para llevar adelante alguna mala intención. Y otro tanto puede decirse del pecador que pide al Señor la gracia de la salvación sin deseo de salir del estado de pecado en que se encuentra. En efecto, los hay tan desgraciados que aman las cadenas con que los ató el demonio y los hizo sus esclavos. Sus oraciones no pueden ser oídas de Dios, porque son temerarias y abominables. ¿Qué mayor temeridad la de un vasallo que se atreve a pedir una gracia a su rey, a quien no tan sólo ofendió mil veces, sino que está resuelto a seguir ofendiéndole en lo venidero? Así entenderemos por qué razón el Espíritu Santo llama detestable y odiosa la oración de aquel que por una parte reza a Dios y por otra parte cierra los oídos para no oír y obedecer la voz del mismo Dios. Lo leemos en el Libro Sagrado de los Proverbios: Quien cierre sus oídos para no escuchar la ley, execrada será de Dios su oración. A estos desatinados pecadores les dirige el Señor aquellas palabras del profeta Isaías: Por eso, cuando levantareis las manos hacia mí yo apartaré mi vista de vosotros, y cuantas más oraciones me hicieris, tanto menos os escucharé, porque vuestras manos están llenas de sangre. Así oró el impío rey Antíoco. Oraba al Señor y prometíale grandes cosas, pero fingidamente y con el corazón obstinado en la culpa. Oraba tan sólo para ver si se libraba del castigo que le venía encima. Por eso no oyó el Señor su oración y murió devorado por los gusanos. Oraba aquel malvado al Señor, mas en vano, porque de Él no había de alcanzar misericordia.

Hay pecadores que han caído por fragilidad o por empuje de una fuerte pasión y son ellos los primeros en gemir bajo el yugo del demonio y en desear que llegue por fin la hora de romper aquellas cadenas y salir de tan mísera esclavitud. Piden ayuda al Señor, y si esta oración fuere constante, Dios ciertamente los oirá, pues dijo Él: Todo el que pide recibe y el que busca encuentra. Comentando estas palabras un autor antiguo dice: Todo el que pide ... sea justo, sea pecador ... Hablando Jesucristo de aquel que dio todos los panes que tenía a un amigo suyo y no tanto por amistad, cuanto por la terca importunidad con que se los pedía, dice, según leemos en San Lucas: Yo os aseguro que cuando no se levantara a dárselos por razón de amistad, a lo menos por librarse de su impertinencia se levantará al fin y le dará cuantos hubiere menester ... Así os digo yo: pedid y se os dará. Aquí tenemos cómo la perseverante oración alcanza de Dios misericordia, aun cuando los que rezan no sean sus amigos. Lo que la amistad no consigue, dice el Crisóstomo, obtiénese por la oración. Por eso concluye diciendo: Más poderosa es la oración que la amistad. Lo mismo enseña San Basilio, el cual categóricamente afirma que también los pecadores consiguen lo que piden, si oran con perseverancia. De la misma opinión es San Gregorio, el cual dice: Siga clamando el pecador, que su oración llegará hasta el corazón de Dios. Y San Jerónimo sostiene lo mismo y añade: El pecador puede llamar padre a Dios y será su padre, y si persiste en acudir a Él con la oración será tratado como hijo. Pone el ejemplo del hijo pródigo el cual, aun cuando todavía no había alcanzado el perdón, decía: Padre mío, pequé. San Agustín razona muy bien cuando dice que si Dios no oyera a los pecadores, inútil hubiera sido la oración de aquel humilde publicano que le decía: Señor, tened piedad de mí, pobre pecador. Sin embargo, expresamente nos dice el Evangelio que fue oída su oración y que salió del templo justificado.

Mas ninguno estudió esta cuestión como el Doctor Angélico, y él no duda en afirmar que es oído el pecador, cuando reza; y trae la razón que, aunque su oración no sea meritoria, tiene la fuerza misteriosa de la impetración, ya que ésta no se apoya en la justicia, sino en la bondad de Dios. Así podía orar el profeta Daniel, cuando decía al Señor: Dígnate escucharme, oh, Dios mío, y atiéndeme. Inclina, oh, Dios mío, tus oídos y óyeme ... pues postrados ante Ti, te prestamos nuestros humildes ruegos, no en nuestra justicia, sino en tu grandísima misericordia. Sigue Santo Tomás diciendo que no es menester que en el

momento de orar seamos amigos de Dios por la gracia: la oración ya de por sí nos hace en cierto modo sus amigos. Otra bellísima razón aduce San Bernardo cuando escribe que la oración del pecador que quiere salir de la culpa viene del fondo de un corazón que tiene el deseo de recobrar la gracia de Dios. Y añade: pues, ¿por qué daría el Señor al hombre pecador ese buen deseo, si después no le quisiera escuchar? Leamos las Sagradas Escrituras y allí veremos muchos ejemplos de pecadores que con la oración lograron salir del estado de pecado. Recordemos solamente a Acab, al rey Manasés, a Nabucodonosor y al buen ladrón. ¡Qué grande y maravillosa es la eficacia de la oración! Dos son los pecadores que en el Gólgota están al lado de Jesucristo: uno reza: acuérdate de mí, y se salva ... el otro no reza y se condena. Todo lo encierra el Crisóstomo en estas palabras: Ningún pecador sinceramente arrepentido oró al Señor y no obtuvo lo que pidió. Mas ¿para qué traer más autoridades y razones? Bástenos para demostración de esa afirmación la palabra del mismo Jesucristo el cual dice: Venid a mí todos los que sufrís y estáis cargados y yo os ayudaré. Comentando este pasaje San Jerónimo, San Agustín y otros doctores dicen que los que caminan por la senda de la vida cargados son los pecadores que gimen bajo el peso de sus culpas. Si acuden a Dios, levantarán su frente, según la promesa divina y se salvarán por su gracia. Y es que Dios tiene mayores ansias de perdonarnos, que nosotros de ser perdonados. Así lo asegura el Crisóstomo. Y añade el mismo Santo: No hay cosa que no pueda la oración; te salvará aunque estés manchado con miles de pecados; pero ha de ser tu oración fervorosa y perseverante. Volvamos a repetir lo que antes dijimos del apóstol Santiago: Si alguno necesita sabiduría divina, pídasela al Señor que El a todos la da abundantemente y a nadie le sirve de pesadumbre. En efecto, a todos los que acuden a su bondad con la oración los escucha el Señor y les concede la gracia con abundante profusión. Pero fijémonos sobre todo en lo que añade. Y a nadie le sirve de pesadumbre ... Esto solamente lo hace el Señor: los hombres por lo general, si alguien les pide algún favor y antes gravemente los ofendió, le echan en cara su antigua descortesía e insolencia. No obra así el Señor, ni aun con el mayor pecador del mundo. Si ese tal viene a pedirle una gracia conveniente para su salvación eterna, no le echa en cara las ofensas que antes recibió de él; como si nada hubiera pasado entre los dos, lo acoge, lo consuela, lo escucha y le despacha después de haberle socorrido adecuadamente. Sin duda por este motivo y para animarlos dijo nuestro Redentor aquellas suavísimas palabras: En verdad, en verdad os digo, si algo pidieréis al Padre en mi nombre, se os dará. Quiso decir: ánimo, pecadores amadísimos, no os impidan recurrir a vuestro Padre celestial y confiar que tendréis la salvación eterna, si de veras la deseáis. No tenéis méritos para alcanzar las gracias que pedís, más bien por vuestros deméritos sólo castigo merecéis. Pero seguid mi consejo, id a mi Padre en nombre mío y por mis méritos. Pedidle las gracias que deseáis... yo os lo prometo, yo os lo juro, que esto precisamente significa la fórmula que emplea: En verdad, en verdad os digo (según San Agustín), cuánto a mi Padre pidieréis, El os lo concederá. ¡Oh Dios mío, y qué mayor consolación puede tener un pecador después de su espantosa desgracia que saber con absoluta certeza que cuanto pida a Dios en nombre de Jesucristo lo alcanzará!

VII. HAY QUE ORAR CON PERSEVERANCIA

Nuestra oración sea humilde y llena de confianza en Dios; mas esto no basta para tener la perseverancia final y con ella la salvación eterna. Verdad es que nuestras oraciones cotidianas nos alcanzarán las gracias que necesitamos para cada momento de nuestra vida, mas si no seguimos hasta el fin en la oración, no conseguiremos el don de la perseverancia final, y es que esta gracia por ser como el resultado de todas las otras, exige que multipliquemos nuestras plegarias y perseveremos hasta la muerte.

La gracia de la salvación eterna no es una sola gracia, es más bien una cadena de gracias, y todas ellas unidas forman el don de la perseverancia. A esta cadena de gracias ha de corresponder otra cadena de oraciones, si es lícito hablar así, y, por tanto si rompemos la cadena de la oración, rota queda la cadena de las gracias que han de obtenernos la salvación, y estaremos fatalmente perdidos.

Tengamos por indubitable verdad que la perseverancia final es gracia que nosotros no podemos merecer. Así nos lo enseña el sagrado Concilio de Trento con estas palabras: Sólo puede otorgarla Aquel que tiene poder para sostener a los que están de pie y hacerles permanecer así hasta el fin. Mas a esto replica San Agustín: Este gran don de la perseverancia, con la oración se puede merecer. Añade el Padre Suárez que, el que reza, infaliblemente lo consigue. Lo mismo sostiene el gran Santo Tomás del cual son estas graves palabras: Después del bautismo es necesaria la oración continua y perseverante para que el hombre pueda entrar en el reino de los cielos.

Pero antes que todos nos repitió esto mismo muchas veces nuestro divino Salvador cuando decía: Es menester orar siempre y no desmayar nunca Vigilad por tanto, orando en todo tiempo, a fin de merecer el

evitar todos estos males venideros y comparecer con confianza ante el Hijo del hombre. Y lo mismo leemos en el Antiguo Testamento: Nada te detenga de orar siempre que puedas. En todo tiempo bendice al Señor y pídele que dirija El los caminos de tu vida. Por esto el Apóstol exhortaba a los primeros discípulos a que nunca dejaran la oración... Orad sin descanso, les decía... Perseverad en la oración y velad en ella. Quiero que los hombres recen en todo lugar. En esta escuela aprendió San Nilo, cuando repetía: Puede darnos el Señor la perseverancia y la salvación eterna, mas no la dará sino a los que se la piden con perseverante oración. Hay pecadores que con la ayuda de la gracia de Dios se convierten, mas dejan de pedir la perseverancia y lo pierden todo.

El santo cardenal Belarmino nos dice que no basta pedir la gracia de la perseverancia una o algunas veces, hay, que pedirla siempre, todos los días, hasta la hora de la muerte, si queremos alcanzarla. Diariamente. Quien un día la pide, la tendrá ese día, mas si al siguiente día la deja de pedir, ese día tristemente caerá. Esto parece quiso darnos a entender el Señor en la parábola de aquel amigo que no quiso dar los panes que le pedían, sino después de muchas importunas exigencias. Comentando ese pasaje argumenta San Agustín que si aquel amigo dio los panes que le pedía contra su voluntad y sólo por deshacerse de sus impertinencias ¿qué hará el Señor, quien no tan sólo nos exhorta a que le pidamos, sino que lleva muy a mal cuando no le pedimos? Tengamos en cuenta que Dios es bondad infinita y que tiene grandes deseos de que le pidamos sus divinos dones. De donde podemos concluir que gustosamente nos concederá cuantas gracias demandemos. Lo mismo escribe Comelio Alápide, del cual es esta sentencia: Quiere Dios que perseveremos en la oración hasta la importunidad. Acá en el mundo los hombres no pueden soportar a los importunos, mas Dios no sólo los soporta, sino que desea que con esa terca importunidad le pidan sus gracias y sobre todo el don de la perseverancia. Así San Gregorio lo afirmó, cuando escribía: El Señor quiere ser repetidamente llamado, quiere ser obligado, quiere ser vencido por nuestras amorosas importunidades. Buena es esta violencia, ya que con ella, lejos de ofenderse nuestro Dios se calma y aplaca.

Pues, para alcanzar la santa perseverancia forzoso será que nos encomendemos a Dios siempre, mañana y tarde, en la meditación, en la misa, en la comunión y muy especialmente en la hora de la tentación. Entonces debemos acudir al Señor y no cansarnos de repetir: Ayúdame, Señor, sostenme con tus manos benditas... no me dejes ... ten piedad de mí. ¿Hay por ventura cosa más sencilla que decir a Dios: Ayúdame ... asísteme ... ? Dijo el Salmista: haré dentro de mí oración a Dios, autor de mi vida. Comentando este lugar la glosa añade: Alguno por ventura podrá decir que no puede ayunar, ni dar limosna, pero si se le dice: reza... a esto no podrá alegar que no puede. Y es que no hay cosa más sencilla que la oración. Sin embargo, por eso mismo no debernos dejar apagarse en nuestros labios la oración. A todas horas hemos de hacer fuerza sobre el corazón de Dios para que nos socorra siempre; que esta fervorosa violencia es muy grata a su corazón, como nos lo asegura Tertuliano. Y San Jerónimo llega a decir que cuanto más perseveramos e importunamos a Dios en la oración, más gratas le son nuestras plegarias.

Bienaventurado el hombre que me escucha que vela continuamente a las puertas de mi casa y está de centinela en los umbrales de ella. Esto dice el Señor, y con ello nos enseña que es feliz el hombre que con la oración en los labios oye la voz de Dios y vela día y noche a las puertas de su misericordia.

Y el profeta Isaías decía también: Bienaventurados cuantos esperan en Él. Sí, bienaventurados aquellos que orando esperan del Señor su salvación. ¿Y no nos enseña lo mismo Jesucristo en su santo Evangelio? Oigamos sus palabras: Pedid y se os dará ... buscad y hallaréis ... llamad y, se os abrirá. Bien está que dijera: Pedid ... pero, ¿a qué añadir aquello de ... buscad ... llamad? Mas no son ciertamente superfluas estas palabras. Con ellas ha querido enseñarnos nuestro divino Redentor que hemos de imitar a los pobres, cuando mendigan limosna, los cuales si por ventura nada reciben, y además son despectivamente rechazados, no por eso se van, sino que siguen a la puerta de la casa repitiendo la misma conmovedora súplica. Si sucede que el amo de la casa no aparece por ninguna parte, dan vueltas en derredor en su busca, y allí se están, aunque los tengan por importunos y fastidiosos. Asimismo quiere el Señor que obremos nosotros con El: quiere que pidamos y tornemos a pedir y que no nos cansemos nunca de decirle que nos ayude, que nos socorra, que no permita jamás que perdamos su santa gracia.

Dice el doctísimo Lessio que no puede excusarse de pecado mortal aquel que no reza cuando está en pecado o en peligro de muerte, y peca también gravemente quien pasa sin rezar bastante tiempo, esto es: uno o dos meses. Así opina él. Mas esto ha de entenderse, si no estamos combatidos de tentaciones, que

si nos asalta una tentación grave, sin duda ninguna que peca gravemente quien en ese trance no acude a Dios con la oración, para pedirle la fuerza de resistir a ella, pues de sobra sabe que, si así no lo hace, está en peligro próximo de caer en grave culpa.

VIII. SE DICE POR QUÉ EL SEÑOR NO NOS DA HASTA EL FIN LA GRACIA DE LA PERSEVERANCIA

Y ahora dirá alguno. Pues si el Señor puede y quiere darnos la santa perseverancia, ¿por qué no nos la da de una vez, cuando se la pedimos? A esta pregunta responden los santos Padres alegando muchas y sapientísimas razones.

Y es la primera, que Dios quiere por este camino probar la confianza que tenemos en Él. La segunda nos la da San Agustín cuando escribe que es porque quiere el Señor que suspiremos por ella con grandes deseos. Y añade, no quiere darte el Señor la perseverancia, apenas se la pides, para que aprendas que las cosas muy excelentes hay que desearlas con muy grandes ansias: pues vemos acá que lo que por mucho tiempo codiciamos, lo saboreamos más deliciosamente cuando lo poseemos, y las cosas que pedimos y al punto recibimos fácilmente las estimamos poco y hasta tenemos por viles.

Otra razón podemos dar y es que Dios quiere de este modo que nos acordemos más de Él. Si, en efecto, estuviéramos ya seguros de la perseverancia y de nuestra salvación eterna y no sintiéramos a cada paso necesidad de la ayuda de Dios, fácilmente nos olvidaríamos de Él. Los pobres, porque padecen pobreza, por eso acuden a casa de los potentados, que tienen riquezas. Por esto mismo dice el Crisóstomo que no quiere el Señor darnos la gracia completa de la salvación hasta la hora de nuestra muerte, para vernos muy a menudo a sus pies y tener El la satisfacción de llenarnos a todas horas de beneficios.

Y aún podemos dar otra cuarta y última razón, y es que con la oración diaria y continua nos unimos con Dios con lazos más estrechos de caridad. Lo afirma el mismo San Juan Crisóstomo con estas palabras: No es la oración pequeño vínculo de amor divino, sino que así el alma se acostumbra a tener sabrosos coloquios con Dios, y este acudir a El y este confiar que nuestras oraciones nos van a obtener las gracias que deseamos, es llama y cadena de santo amor, que nos abraza y nos une más íntimamente con Dios.

¿Qué hasta cuándo hemos de orar? Responde el mismo Santo: Hemos de orar siempre, hasta que oigamos la sentencia de nuestra salvación eterna, es decir, hasta la muerte. Este es el consejo que el Santo nos da: No cejes hasta que no recibas tu galardón. Y añade: El que dijere que no suspenderá su oración hasta que sea salvo, ése se salvará, Ya escribía antes el Apóstol que muchos son los que toman parte en los campeonatos pero que uno solamente gana el premio. ¿No sabéis, exclamaba, que los que corren en el estadio, si bien todos corren, uno solo se lleva el premio? Corred, pues, de tal modo que lo ganéis.

Por aquí podemos ver que no basta orar: hay que orar siempre hasta que recibamos la corona que Dios ha prometido a aquellos que no cesan en la oración.

Si, por tanto, queremos ser salvos, si ganamos el ejemplo del profeta David, el cual tenía siempre los ojos vueltos al Señor para pedirle su ayuda y no caer en poder de los enemigos del alma. Mis ojos, cantaba, miran siempre al Señor: porque El es quien arrancará mis pies del lazo que me han tendido mis enemigos.

Escribe el apóstol San Pedro que nuestro adversario, el demonio, anda dando vueltas, como león rugiente, a nuestro alrededor, en busca de presa para devorar. De aquí hemos de concluir que, así como el demonio a todas horas nos anda poniendo trabas para devorarnos, así nosotros hemos de estar continuamente con las armas de la oración dispuestas para defendernos de tan fiero enemigo. Entonces podremos decir con el rey David: Perseguiré a mis enemigos.. y no volveré atrás hasta que queden totalmente desechos.

Mas ¿cómo reportaremos esta victoria tan decisiva y tan difícil para nosotros? Nos responde San Agustín: Con oraciones, pero con oraciones continuas. ¿Hasta cuándo? Ahí está San Buenaventura que nos dice. La lucha no cesa nunca ... nunca tampoco debemos dejar de pedir misericordia. Los combates son de todos los días, de todos los días debe ser la oración para pedir al Señor la gracia de no ser vencidos. Oigamos aquella temerosa 'amenaza' del Sabio: ¡Ay de aquel que perdiera el ánimo y la resistencia! Y san Pablo nos avisa que seamos constantes en orar confiadamente hasta la muerte con estas palabras: Nos

salvaremos, a condición de que hasta el fin mantengamos firme la animosa confianza en Dios y la esperanza de la gloria.

Animados, pues, por la misericordia de Dios y sostenidos por sus promesas repitamos con el Apóstol: ¿Quién, pues, nos separará de la caridad de Cristo? ¿La tribulación? ¿La angustia? ¿El peligro? ¿La persecución? ¿La espada? Quiso decirnos: ¿Quién podrá apartarnos del amor de Dios? ¿Acaso la tribulación? ¿Por ventura el peligro de perder los bienes de este mundo? ¿Las persecuciones de los demonios y de los hombres? ¿Quizás los tormentos de los tiranos? En todas esas cosas salimos vencedores por amor de Aquel que nos amó. Así decía Él. Ni tribulación alguna, ni peligro alguno, ni persecución, ni tormento de ninguna clase nos podrán separar de la caridad de Cristo, que todo lo hemos de vencer luchando por amor de aquel Señor que dio la vida por nosotros.

En la vida del P. Hipólito Durazzo leemos que el día que renunció a la dignidad de prelado romano para darse todo a Dios y abrazar la vida religiosa en la Compañía de Jesús temblaba pensando en su propia debilidad, y así se dirigió al Señor: No me dejéis, Señor, hoy sobre todo que enteramente me consagro a Vos ... ¡por piedad! no me desamparéis. Oyó allá en su corazón la voz de Dios que respondía: Yo soy el que debo decirte a ti que nunca me desampares. El siervo de Dios, confortado con estas palabras, le contestó: Pues entonces, Dios mío, que Vos no me dejéis a mí, que yo no os dejaré a Vos.

Digamos, pues, para concluir, que, si queremos que Dios no nos abandone, hemos de pedirle a todas horas la gracia que no nos desampare: que si así lo hacemos, ciertamente que nos socorrerá siempre y no permitirá que nos separemos de El y perdamos su santo amor. Para lograr esto no hemos de pedir solamente la gracia de la perseverancia y las gracias necesarias para obtenerlas, sino que hemos de pedir de antemano también la gracia de perseverar en la oración. Este es precisamente aquel privilegiado don que Dios prometió a sus escogidos por labios del profeta Zacarías: Derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén el espíritu de gracia y de oración. ¡Oh!, ésta sí que es gracia grande, el espíritu de oración, es decir, la gracia de orar siempre... esto sí que es puro don de Dios.

No dejemos nunca de pedir al Señor esta gracia y este espíritu de continua oración, porque, si siempre rezamos, seguramente que alcanzaremos de Dios el don de la perseverancia y todos los demás dones que deseamos, porque infaliblemente se ha de cumplir la promesa que El hizo de oír y salvar a todos los que oran. Con esta esperanza de orar siempre ya podemos creernos salvos. Así lo aseguraba San Beda, cuando escribía: Esta esperanza nos abrirá ciertamente las puertas de la santa ciudad del Paraíso.

* * *

Habiendo observado la absoluta necesidad de rezar que imponen las Divinas Escrituras, de las cuales están llenos tanto el Viejo como el Nuevo Testamento, he procurado introducir en las Misiones de nuestra Congregación, tal como se practica desde hace muchos años, que se haga siempre la Predicación de la Oración, y digo, y repito, y repetiré siempre mientras tenga vida, que toda nuestra salvación está en la oración; y que es por eso que todos los escritores en sus libros, todos los oradores sagrados en sus prédicas y todos los confesores al administrar el Sacramento de la Penitencia, no deberían inculcar otra cosa más que ésta, la de siempre rezar, de siempre hacer admonición, exclamar y repetir continuamente: REZAD, REZAD Y NO DEJÉIS JAMÁS DE REZAR; PORQUE SI REZARAI, SERÁ CIERTA VUESTRA SALVACIÓN; PERO SI DEJARAI DE REZAR, SERÁ CIERTA VUESTRA CONDENACIÓN. Así deberían actuar todos los predicadores, los directores, porque según la sentencia de todas las Escuelas Católicas, ninguna pone en duda esta verdad: que quien reza obtiene la gracia y se salva; pero son pocos aquellos que lo practican, y es por esto que son tan pocos los que se salvan.



Regreso a la página principal

www.corazones.org

Esta página es obra de Las Siervas de los Corazones Traspasados de Jesús y María



Del libro de San Alfonso María de Ligorio: **LA DIGNIDAD Y SANTIDAD SACERDOTAL**

Capítulo III DE LA SANTIDAD QUE HA DE TENER EL SACERDOTE

I. Cuál debe ser la santidad del sacerdote por razón de su dignidad.

Grande es la dignidad de los sacerdotes, pero no menor la obligación que sobre ellos pesan. Los sacerdotes suben a gran altura, pero se impone que a ella vayan y estén sostenidos por extraordinaria virtud; de otro modo, en lugar de recompensa se les reservará gran castigo, como opina San Lorenzo Justiniano (...). San Pedro Crisólogo dice a su vez que el sacerdocio es un honor y es también una carga que lleva consigo gran cuenta y responsabilidad por las obras que conviene a su dignidad (...).

Todo cristiano ha de ser perfecto y santo, porque todo cristiano hace profesión de servir a un Dios Santo. Según San León, cristiano es el que se despoja del hombre terreno y se reviste del hombre celestial (...). Por eso dijo Jesucristo: Seréis, pues, vosotros, perfectos, como vuestro Padre Celestial es perfecto [Mt 5, 48]. Pero la santidad del sacerdote ha de ser distinta de la del resto de los seglares, observa San Ambrosio (...), y añade que así como la gracia otorgada a los sacerdotes es superior, así la vida del sacerdote tiene que sobrepasar en santidad a los seglares (...) y San Pedro Pelusio afirma que entre la santidad del sacerdote y la del seglar ha de haber tanta distancia como del cielo a la tierra (...).

Santo Tomás enseña que todos estamos obligados a observar cuantos deberes van anejos al estado elegido. Por otra parte, el clérigo dice San Agustín está obligado a aspirar la santidad (...). Y Casiodoro escribe: "El eclesiástico está obligado a vivir una vida celestial" "El sacerdote está obligado a mayor perfección mayor perfección que el que no lo es", como asegura Tomás de Kempis (...), pues su estado es más sublime que todos los demás. Y añade Salviano que Dios aconseja la perfección a los seglares, al paso que la impone a los clérigos (...).

Los sacerdotes de la antigua ley llevaban escritas estas palabras en la tiara que coronaba su frente: SANTIDAD PARA YAHVEH (Ex 39, 29), para recordar la santidad que debían confesar. Las víctimas que ofrecían los sacerdotes habían de consumirse completamente. ¿Por qué? Pregunta Teodoreto, y responde. "Para inculcar a aquellos sacerdotes la integridad de la vida que han de tener los que se han consagrado completamente a Dios (...). Decía San Ambrosio que el sacerdote, para ofrecer dignamente el sacrificio, primero se ha de sacrificar a sí propio, ofreciéndose enteramente a Dios (...). Y Esiquio escribe que el sacerdote debe ser un continuo holocausto de perfección, desde la juventud a la muerte (...). Por eso decía Dios a los sacerdotes de la antigua ley: "Os he separado entre los pueblos para que seáis míos (Lev 20, 26). Con mayoría de razón en la Ley nueva quiere el Señor que los sacerdotes dejen a un lado los negocios seculares y se dediquen solo a complacer a Dios a quien se ha dedicado: "que se dedica a la milicia se ha de enredar en los negocios de la hacienda, a fin de contentar al que lo alistó en el ejército" [2 Tm 2, 4). Y es precisamente la promesa que la Iglesia exige de los que ponen el pie en el santuario por medio de la tonsura: hacerles declarar que en adelante no tendrán más heredad que a Dios: "El Señor es la parte de mi heredad y mi copa. Tú mi suerte tienes (Salmo 15 5). Escribe San Jerónimo que "Hasta el mismo traje talar y el propio estado claman y piden la santidad de la vida" (...). De aquí que el sacerdote no solo has de estar alejado de todo vicio, sino que se debe esforzar continuamente por llegar a la perfección, que es aquella a que sólo pueden llegar los viadores (...).

(...). Deplora San Bernardo el ver tantos como corren a las órdenes sagradas sin considerar la santidad que se requiere en quienes quieren subir a tales alturas Y San Ambrosio escribe: "Búsquese quien pueda decir: El Señor es mi herencia, y no los deseos carnales, las riquezas, la vanidad" (...). El Apóstol San Juan dice: Hizo de nosotros un reino, sacerdotes para el Dios y Padre suyo (Apoc 1, 6). Los interpretes (Menoquio, Gagne y Tirino) explican la palabra, diciendo que los sacerdotes son el reino de Dios, porque

en ellos reina Dios en esta vida con la gracia y en la otra con la gloria; o también porque son reyes para resinar sobre los vicios. Dice San Gregorio que el “el sacerdote ha de estar muerto al mundo y a todas las pasiones para vivir una vida por completo divina” (...) El sacerdocio actual es el mismo que Jesucristo recibió de su Padre (Jn 17, 22); por lo tanto, exclama San Juan Crisóstomo: “Si el sacerdote representa a Jesucristo, ha de ser lo suficientemente puro que merezca estar en medio de los ángeles (...).

San Pablo exige del sacerdote tal perfección que esté al abrigo de todo reproche: “Es necesario que el obispo sea irreprochable (1 Tm 3, 2). Aquí, por obispo pasa el santo a hablar de los diáconos: Que los diáconos, así mismo sean respetable (Ib 8), sin nombrar a los sacerdotes; de donde se deduce que el Apóstol tenía la idea de comprender al sacerdote bajo el nombre de obispo, como lo entienden precisamente San Agustín y San Juan Crisóstomo, que opina que lo que aquí se dice de los obispos se aplica también a los sacerdotes (...). La palabra 'irreprehensibilem' todos con San Jerónimo están de acuerdo en que significa poseedor de todas la virtudes (...).

Durante once siglos estuvo excluido del estado de clérigo todo el que hubiera cometido un solo pecado mortal después del bautismo, como lo recuerdan los concilios de Nicea (Can. 9, 10), de Toledo (1can. .2), de Elvira (Can. 76) y de Cartago (Can .68). Y si un clérigo después de las ordenes sagradas caía en pecado, era depuesto para siempre y encerrado en un monasterio, como se lee en muchas cánones (Cor, lu. Can, dist. 81); y he aquí la razón aducida: porque la santa Iglesia quiere en todas las cosas lo irreprochable. Quienes no son santos no deben tratar las cosas santas (...). Y en el concilio de Cartago se lee: “Los clérigos que tienen por heredad al Señor han de vivir apartado de la compañía del siglo”. Y el concilio Tridentino va aún más lejos cuando dice que “los clérigos han de vivir de tal modo que su habito, maneras, conversaciones, etc., todo sea grave y lleno de unción (...). Decía San Crisóstomo que “el sacerdote ha de ser tan perfecto que todos lo puedan contemplar como modelo de santidad, porque para esto puso Dios en la tierra a los sacerdotes, para vivir como ángeles y ser luz y maestros de virtud para todos los demás” (...). El nombre de clérigo, según enseña san Jerónimo, significa que tiene a Dios por su porción; lo que le hace decir que el clérigo se penetre de la significación de su nombre y adapte a él su conducta (...) y si Dios es su porción, viva tan solo para Dios (...).

El sacerdote es ministro de Dios, encargado de desempeñar dos funciones en extremo nobles y elevadas, a saber: honrarlo con sacrificios y santificar las almas. Todo pontífice escogido de entre los hombres es constituido en pro de los hombres, cuanto a las cosas que miran a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados [Hebr. 5, 1]. Santo Tomás escribe acerca de este texto: “Todo sacerdote es elegido por Dios y colocado en la tierra para atender no a la ganancia y riquezas , ni de estimas, ni de diversiones, ni de mejoras domesticas, sino a los interés de la gloria de Dios” (In Hebr., 5, lect. I). Por eso las escrituras llaman al sacerdote hombre de Dios [1 Tm 6, 11], hombre que no es del mundo, ni de sus familiares, ni siquiera de sí propio, sino tan solo de Dios, y que no busca más que a Dios. A los sacerdotes se aplican, por tanto las palabras de David: Tal de los que le buscan es la estirpe (Sal 25, 6); esta es la estirpe de los que busca a Dios solamente. Así como en el cielo destinó Dios ciertos ángeles que asistiesen a su Trono, así en la tierra, entre los demás hombres, destinó a los sacerdotes para procurar su gloria. Por esto les dice el Levítico Os he separado de entre los pueblos para que seáis míos [Lev 20, 26]. San Juan Crisóstomo dice: “Dios nos eligió para que seamos en la tierra como ángeles entre los hombres” (...).

Y el mismo Dios dice: En los cercanos a mí me mostraré que soy santo [Lev 10, 3]; es decir, como añade el interprete “Mi santidad será conocida por la sanidad de mis ministros”.

Cual debe ser la santidad del sacerdote como ministro del altar

Dice santo Tomas que de los sacerdotes se exige mayor santidad de los simples religiosos por razón de las sublimes funciones que ejercen, especialmente en la celebración del sacrificio de la misa: “Porque, al recibir las ordenes sagradas, el hombre se eleva al ministerio elevadísimo en que ha de servir a Cristo en el sacramento del altar, cosa que se requiere mayor santidad que la del religioso que no está elevado a la dignidad del sacerdocio. Por lo que añade, en igualdad de circunstancia el sacerdote peca más gravemente que el religioso que no lo es” (...). Célebre la sentencia de San Agustín “No por ser buen monje es uno buen clérigo” (...); de lo que sigue que ningún clérigo puede ser tenido por bueno si no sobrepuja en virtud al monje bueno.

Escribe San Ambrosio que “el verdadero ministro del altar ha nacido para Dios y no para sí (...). Es decir,

que el sacerdote ha de olvidarse de sus comodidades, ventajas y pasatiempos, para pensar en el día en que recibió el sacerdocio, recordando desde entonces ya no es suyo, sino de Dios, por lo que no debe ocuparse más que en los intereses de Dios. El Señor tiene sumo empeño en que los sacerdotes sean santos y puros, para que puedan presentarse ante Él libres de toda mancha cuando se le acerquen a ofrecerle sacrificios: Se sentarán para fundir y purificar la plata y purificará a los hijos de Leví, los acrisolará como el oro y la plata y luego podrán ofrecer a Yahveh oblacones con justicia [Mal. 3, 3]. Y en el Levítico se lee: Permanecerán santos para su Dios y no profanarán el nombre de su divinidad, pues son ellos quienes ha de ofrecerlos sacrificios ígneos a Yahveh, alimento de su Dios; por eso han de ser santos [Lev 21, 6]. De donde se sigue que si los sacerdotes de la antigua ley solo porque ofrecían a Dios el incienso y los panes de la proposición, simple figura del Santísimo sacramento del altar, habían de ser santos, ¡con cuánta mayor razón habrán de ser puros y santos los sacerdotes de la nueva (ley), que ofrecen a Dios el Cordero Inmaculado, su mismísimo Hijo! “Nosotros no ofrecemos, dice Escío, corderos e incienso, como los sacerdotes de la antigua Ley, sino el mismo Cuerpo del Señor, que pendió en el ara de la cruz, y por eso se nos pide la santidad, que consiste en la pureza del corazón, son la cual se acercaría uno inmundo” (...) al altar. Por eso decía Belarmino: “Desgraciado de nosotros, que, llamados a tan altísimo ministerio, distamos tanto del fervor que exigía el Señor de los sacerdotes de la antigua Ley (...).

Hasta quienes habían de llevar los vasos sagrados quería el Señor que estuviesen libres de toda mancha (...), pues “¡cuánto más puros han de ser los sacerdotes que lleven en sus manos y en el pecho a Jesucristo!”, dice Pedro de Blois (...). Ya san Agustín había dicho: “No debe ser puro tan solo quien ha de tocar los vasos de oro, sino también aquellos en quien se renueva la muerte del Señor. La Santísima Virgen María hubo de ser santa y pura de toda mancha porque hubo de llevar en su seno al Verbo encarnado y tratarlo como Madre: y según esto, exclama San Juan Crisóstomo, “¿no se impone que brille con santidad más fúlgida que el sol la mano del sacerdote, que toca la carne de un Dios, , la boca que respira fuego celestial y la lengua que se enrojece con la sangre de Jesucristo?” (...). El sacerdote hace en el altar las veces de Jesucristo, por lo que, como dice San Lorenzo Justiniano, “debe acercarse a celebrar como el mismo Jesucristo, imitando en cuanto sea posible su santidad (...). ¡Qué perfección requiere en la religiosa su confesor para permitirle comulgar diariamente!, y ¿por qué no buscará en sí mismo tal perfección el sacerdote, que comulga también a diario?

Capítulo IV

DE LA GRAVEDAD DE LOS PECADOS DEL SACERDOTE

I. GRAVEDAD DE LOS PECADOS DEL SACERDOTE

Gravísimo es el pecado del sacerdote, porque peca a plena luz, ya que pecando sabe bien lo que hace. Por esto decía Santo Tomás que el pecado de los fieles es más grave que el de los infieles, “precisamente porque conocen la verdad” (...). El sacerdote está de tal modo instruido en la ley, que la enseña a los demás: Pues los labios del sacerdote deben guardar la ciencia, y la doctrina han de buscar su boca [Malaquías 2, 7]. Por esta razón dice San Ambrosio que el pecado de quien conoce la ley es en extremo grande, no tiene la excusa de la ignorancia (...). Los pobres seglares pecan, pero pecan en medio de las tinieblas, del mundo, alejados de los sacramentos, poco instruidos en materia espiritual; sumergidos en los asuntos temporales y con el débil conocimiento de Dios, no se dan cuenta de lo que hacen pecando, pues “flechan entre las sombras” [Sal 10, 3], para hablar con el lenguaje de David. Los sacerdotes, por el contrario están tan llenos de luces, que son antorchas, destinadas a iluminar a los pueblos Vosotros sois la luz del mundo [Mt 5, 14].

A la verdad, los sacerdotes han de estar muy instruidos al cabo de tanto libro leído, de tantas predicaciones oídas, de tantas reflexiones meditadas, de tantas advertencias recibidas de sus superiores; en una palabra, que a los sacerdotes se les ha dado conocer a fondo los divinos misterios [Lc 8, 10]. De aquí que sepan perfectamente cuánto merece Dios ser amado y servido y conozcan toda la malicia del pecado mortal enemigo tan opuesto de Dios, que, si fuera capaz de destrucción, un solo pecado mortal, lo destruiría, según dice San Bernardo: “El pecado tiende a la destrucción de la bondad divina” (...); y en otro lugar: “El pecado aniquila a Dios en cuanto puede” (ib). De modo que como dice el autor de la “Obra imperfecta”, el pecado hace morir a Dios en cuanto depende de su voluntad (...). En efecto, añade el P. Medina “el pecado mortal causa tanta deshonra y disgusto a Dios, que si fuera susceptible a la tristeza, lo haría morir de dolor” (...).

Harto conocido es esto del sacerdote y la obligación que sobre él pesa, como sacerdote, de servirle y amarla, después de tantos favores de Dios recibidos. Por esto, “cuanto mejor conoce la enormidad de la injuria, hecha a Dios por el pecado, tanto crece de punto de gravedad de su culpa”, dice San Gregorio. Todo pecado del sacerdote es pecado de malicia como lo fue el pecado de los ángeles, que pecaron a plena luz. “Es un ángel del Señor, dice San Bernardo, es pecado contra el cielo (...). Peca en medio de la luz, por lo que su pecado, como se ha dicho, es pecado de malicia, ya que no puede alegar ignorancia, pues conoce el mal del pecado mortal, ni puede alegar flaqueza, pues conoce los medios para fortalecerse, si quiere y si no lo quiere, suya es la culpa: Cuerdo dejó de ser para obrar bien [Salmo 35, 4]. “Pecado de malicia, enseña santo Tomás, es el que se comete a sabiendas (...); y en otro lugar afirma que “todo pecado de malicia es pecado contra el Espíritu Santo es pecado contra el Espíritu Santo, dice San Mateo no se (le) perdonará ni en este mundo ni en el venidero [Mt 12, 32]; y quiere con ello significar que tal pecado será difícilmente perdonado, a causa de la ceguera que lleva consigo, por cometerse maliciosamente.

Nuestro Salvador rogó en la cruz por sus perseguidores diciendo: Padre, perdónalo porque no saben lo que hacen [Lc 23, 34]; y esta oración no vale a favor de los sacerdote malos, sino que, al contrario, los condena, pues los sacerdotes saben lo que hacen. Se lamentaba Jeremías, exclamando: ¡Ay, como se ha oscurecido el oro, ha degenerado el oro mejor! [Lam. 4, 1]. Este oro degenerado, dice el cardenal Hugo, es precisamente el sacerdote pecador, que tendría que resplandecer de amor divino, y con el pecado se trueca en negro y horrible de ver, hecho objeto de honor hasta el mismo infierno y más odioso a los ojos de dos que el resto de los pecadores, San Juan Crisóstomo dice que “el Señor nunca es tan ofendido como cuando le ofenden quienes están revestidos de la dignidad sacerdotal” (...).

Lo que aumenta la malicia del pecado del sacerdote es la ingratitud con que paga a Dios después de haberlo exaltado tanto. Enseña Santo Tomas que el pecado crece de peso y proporción de la ingratitud. “Nosotros mismo, dice San Basilio, por ninguna ofensa nos sentimos tan heridos como la que nos infieren nuestros amigos y allegados (...). San Cirilo llama precisamente a los sacerdotes: familiares intimo de Dios. “¿Cómo pudiera Dios exaltar más al hombre que haciéndolo sacerdote?”, pregunta san Efrén. ¿Qué mayor nobleza, qué mayor honor puede otorgarle de las almas y dispensador de los sacramentos? Dispensadores de la casa real llama San Prospero a los sacerdotes. El Señor eligió al sacerdote, entre tantos hombres, para que fuera su ministro y para que ofreciese sacrificio a su propio Hijo [Eclo 45, 20]. Le dio omnímodo sobre el Cuerpo de Jesucristo; le puso en las manos las llaves del paraíso; lo enaltecíó sobre todos los reyes de la tierra y sobre todos los ángeles del cielo, y, en una palabra, lo hizo Dios en la tierra. Parece que Dios dice solamente al sacerdote: “¿Qué más cabía hacer a mi viña que yo no hiciera con ella?” [Is 5, 4]. Además, ¡qué horrible ingratitud, cuando el sacerdote tan amado de Dios le ofende en su propia casa! ¿Qué significa mi amado en mi casa mientras comete maldades? [Jer 11, 15], pregunta el Señor por boca de Jeremías. Ante esta consideración, se lamenta San Gregorio diciendo: “¡Ah Señor!”, que los primeros en perseguirnos son los que ocupan el primer rango en vuestra Iglesia (...).

Precisamente de los malos sacerdote parece se queja el Señor cuando clama al cielo y a la tierra para que sean testigos de la ingratitud de sus hijos para con El: Escuchad cielos, y presta oído tierra, pues es Yahveh quien habla; hijos he criado y engrandecido, pero se han rebelado contra mí [1S 1, 2]. ¿Quiénes, en efecto, son estos hijos más que los sacerdotes, que habiendo sido sublimados por Dios a tal altura y alimentados en su mesa con su misma carne, se atrevieron luego a despreciar su amor y su gracia? También de esto se quejó el Señor por boca de David con estas palabras: Si afrentados me hubiera un enemigo yo lo soportaría [Salmo 54, 3]. Si un enemigo mío, un idolatra, un hereje, un seglar, me ofendiera, todavía lo podría soportar; pero ¿cómo habré de poder sufrir el verme ultrajado por ti, sacerdote, amigo mío y mi comensal? Mas fuiste tú el compañero mío, mi amigo y confidente; con quien en dulce amistad me unía [Sal 54, 14.15]. Se lamentaba de esto Jeremías, diciendo: “Quienes comían manjares delicados han perecido por las calles: los llevados envueltos en púrpura abrazaron las basuras [1 Pedro 11, 9; Ex 19, 6]. ¡Qué miseria y que horror!, exclama el profeta; el que se alimentaba con alimentos celestiales y vestía de púrpura, se vio luego cubierto de un manto manchado por los pecados, alimentándose de basuras estercolares... Y San Juan Crisóstomo, o sea el autor de la “Obra imperfecta”, añade: «Los seglares se corrigen fácilmente, en cuanto que los sacerdotes, si son malos, son a la vez incorregibles»

II. CASTIGOS DEL PECADO DEL SACERDOTE

Consideremos ahora el castigo reservado al sacerdote pecador, castigo que ha de ser proporcionado a la gravedad de su pecado. Mandará lo azoten en su presencia con golpes de número proporcionado a su culpabilidad [Deut 25, 2], dice el Señor en el Deuteronomio. San Juan Crisóstomo tiene ya por condenado al sacerdote que durante el sacerdocio comete un solo pecado mortal: “Si pecas siendo hombre particular, tu castigo será menor, pero si pecas siendo sacerdote estás perdido”. Y a la verdad que son por boca de Jeremías contra los sacerdotes pecadores: Porque incluso el profeta y el sacerdote se han hecho impíos; hasta en mi propia casa he descubierto su maldad, declara Yahveh. Por esto su camino será para ellos resbaladero en tinieblas: serán empujados y caerán en él [Jer. 23, 11-12]. ¿Qué esperanza de vida daríais, sobre un terreno resbaladizo, sin luz para ver donde pone el pie mientras, de vez en cuando, le dieran fuertes empujones para hacerlo despeñar? Tal es el desgraciado estado en que se halla el sacerdote que comete un pecado mortal. Resbaladero en tinieblas: el sacerdote, al pecar pierde la luz y queda ciego: Mejor les fuera, dice San Pedro, no haber conocido el camino de la justicia que, después de haberlo conocido, volverse atrás de la ley santa a ellos enseñada [2 Petr. 2, 21]. Más le valdría al sacerdote que peca ser un sencillo aldeano ignorante que no entendiese de letras. Porque después de tantos sermones oídos y de tantos directores, y de tantas luces recibidas de Dios, el desgraciado, al pecar y hollar bajo sus plantas todas las gracias de Dios recibidas, merece que la luz que le ilustró no sirva más que para cegarlo y perderlo en la propia ruina. Dice San Juan Crisóstomo que “a mayor conocimiento corresponde mayor castigo, añade que por eso el sacerdote las mismas faltas que sus ovejas no recibirá el mismo castigo, sino mucho más duro” (...).

El sacerdote cometerá el mismo pecado que muchos seglares, pero su castigo será mucho mayor y quedará más obcecado que esos seglares, siendo castigado precisamente como lo anuncia el profeta : Escuchad, pero sin comprender, y ver, más sin entender [Lc 8, 10]. Esto es lo que nos enseña la experiencia, dice el autor de la “Obra imperfecta”: “El seglar después del pecado se arrepiente”. En efecto, si asiste a una misión, oye algún sermón fuerte, o medita las verdades eternas acerca de la malicia del pecado, de la certidumbre de la muerte, del rigor del juicio divino o de las penas del infierno, entra fácilmente en sí mismo y vuelve a Dios, porque, como dice el Santo, “esas verdades le conmueven y le aterran como algo nuevo”, al paso que al sacerdote que ha pisoteado la gracia de Dios y todas las gracias de Él recibida, ¿qué impresión le pueden causar las verdades eternas y las amenazas de las divinas Escrituras? Todo cuanto encierra la Escritura, continua el mismo autor, todo para él está gastado y sin valor; por lo que concluye que no hay cosa más imposible que esperar la enmienda del que lo sabe todo y, a pesar de ello peca (...). “Muy grande es, dice San Jerónimo, la dignidad del sacerdote, pero muy grande es también su ruina si en semejante estado vuelve la espalda a Dios” (...). “Cuánto mayor es la altura a que le sublimó Dios, dice San Bernardo, tanto mayor será el precipicio” (...). “Quien se cae del mismo suelo, dice san Ambrosio, no se suele hacer mucho daño, pero quien cae de lo alto no se dice que cae, sino que se precipita, y por eso la caída es mortal” (...). Alegrémonos, dice San Jerónimo, nosotros los sacerdotes, al vernos en tal altura, pero temamos por ello tanto más la caída” [In Ez. 44].

Diríase que Dios habla a solos sacerdotes cuando dice por boca de Isaías: Te había colocado en la santa montaña de Dios y te he destruido [Ez. 28, 14. 16]. ¡Oh sacerdote!. Dice el Señor, yo te había colocado en mi monte santo para que fuera luz del mundo: Vosotros sois la luz del mundo. No puede esconderse una ciudad puesta sobre la cima de un monte [Mt 5, 14]. Sobrada razón, por lo tanto, tenía San Lorenzo Justiniano para afirmar que “cuanto mayor es la gracia concedida por Dios a los sacerdotes, tanto más digno de castigo es su pecado, y que cuanto más alto es el estado a que se le ha sublimado, tanto será más mortal la caída”. “El que se cae al río, tanto más profundo cae cuanto de más arriba fue la caída” (...).

Sacerdote mío, mira que habiéndote Dios exaltado tan alto al estado sacerdotal te ha sublimado hasta el cielo, haciéndote hombre no ya terreno, sino celestial; si pecas cae del cielo, por lo que has de pensar cuán funesta será tu caída, como te lo advierte San Pedro Crisólogo: “¿Qué cosa más alta que el cielo?; pues del cielo cae quien peca entre las cosas celestiales” (...). “Tu caída, dice San Bernardo, será como la del rayo, que se precipita impetuoso” (...); es decir, que tu perdición será irreparable [Jer 21, 12]. Así, desgraciado, se verificará contigo la amenaza con que el Señor conminó a Cafarnaúm. Y tú, Cafarnaúm, ¿hasta el cielo te vas a encumbrar? ¡Hasta el infierno serás hundida! [Lc 10, 15]. Tan gran castigo merece el sacerdote pecador por la suma ingratitud con que trata a Dios. “El sacerdote está obligado a ser tanto más agradecido cuanto mayores beneficios a recibido”, dice San Gregorio (...). “El ingrato merece que se le prive de todos los bienes recibidos”, como observa un sabio autor. Y el propio Jesucristo dijo: A todo el que

tiene se le dará y andará sobrado; más al que no tiene, aún lo que tiene le será quitado [Mt 25, 29]. Quien es agradecido con Dios, obtendrá aún más abundante gracias; pero el sacerdote que después de tantas luces, tantas comuniones, vuelve la espalda, desprecia todos los favores recibidos de Dios y renuncia a su gracia, será en todo justicia privado de todo. El Señor es liberal con todos, pero no con los ingratos. “La ingratitud, dice San Bernardo, seca la fuente de la bondad divina (...). De aquí nace lo que dice San Jerónimo, que “no hay en el mundo bestia tan cruel como el mal sacerdote, porque no quiere dejarse corregir” (...). Y San Juan Crisóstomo, o sea el autor de la “Obra imperfecta”, añade: “Los seglares se corrigen fácilmente, en cuanto que los sacerdotes, si son malos, son a la vez incorregibles” (...).

A los sacerdotes que pecan se aplican de modo especial, según el parecer de San Pedro Damiano (...), estas palabras del Apóstol: A los que una vez fueron iluminados y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo y gustaron la hermosa palabra de Dios... y recayeron, es imposible renovarlos segunda vez, convirtiéndolos a penitencia cuando ello, cuanto es de su parte, crucifican de nuevo al Hijo de Dios [Hebr 6, 4, 6]. ¿Quién en efecto, más iluminado que el sacerdote, ni paladeó, como él, los dones celestiales, ni participó tanto del Espíritu Santo? Dice Santo Tomás que los ángeles rebeldes quedaron obstinados en su pecado en plena luz; y así también, añade San Bernardo, será tratado por Dios el sacerdote, hecho como ángel del Señor y, como él, elegido o reprobado” (...).

Reveló el Señor a Santa Brígida que atendía a los paganos y a los judíos, pero que no encontraba nada peor que los sacerdotes, pues su pecado es como el que precipitó a Lucifer (...). Nótese aquí las palabras de Inocencio III: “Muchas cosas que son veniales tratándose de seglares, son mortales entre los eclesiásticos (...).

A los sacerdotes también se aplican estas otras palabras de San Pablo: La tierra que bebe la lluvia que frecuentemente cae sobre ella, si produce plantas provechosas a aquellos por quienes es además labrada, participa de la bendición de parte de Dios; más la que lleva espinas y abrojos es reprobada y cerca de ser maldecida, cuyo paradero es ir a las llamas [Hebr 6, 7.8]. ¡Qué lluvia de gracias ha recibido continuamente el sacerdote de Dios!; y luego, en vez de frutos, produce abrojos y espinas y de recibir maldición final, para ir, en el fuego del infierno. Pero ¿y qué temor tendrá del fuego del infierno el sacerdote que tantas veces volvió las espaldas a Dios? Los sacerdote pecadores pierden la luz, como hemos visto, y con ella pierden el temor de Dios, como el propio Señor lo da a entender: Y si soy Señor, ¿dónde el temor que me es debido?, dice Yahveh Sebaot a vosotros, sacerdotes, menospreciadores de mi nombre [Mal. 1, 6]. Dice San Bernardo que “los sacerdotes como caen de gran altura, quedan sumergidos en su malicia, pierden el recuerdo de Dios y se vuelven sordos a todas las amenazas de la justicia divina, hasta el punto de que si siquiera el peligro de su condenación llegue a conmoverlos (...). Pero ¿a qué extrañarse de ello? El sacerdote pecador cae al fondo del abismo, donde, privado de luz, llega a despreciarlo todo, aconteciéndole lo que dice el sabio: Cuando llega el mal, viene el desprecio, y con la ignominia el oprobio [Pro. 18. 3]. Este mal es el del sacerdote que peca por malicia, cae en el profundo de la miseria y queda ciego, por lo que desprecia los castigos, las admoniciones, la presencia de Jesucristo, que tiene junto así en el altar, y no se avergüenza de ser peor que el traidor Judas, como el Señor se lamentó con Santa Brígida: Tales sacerdotes no son sacerdotes míos, sino verdaderos traidores (...). Sí, porque abusan de la celebración de la misa para ultrajar más cruelmente a Jesucristo con el sacrilegio. Y ¿cuál será, finalmente, el termino infeliz de tal sacerdote? Helo aquí: En país cosas de justas cometerá iniquidad, y no verá la Majestad de Yahveh [Is 26, 10]. Su fin será, en una palabra, el abandono de Dios y luego el infierno. -Pero Padre, dirá alguien, este lenguaje es en extremo aterrador ¿Qué? ¿Nos quieres hacer desesperar? Responderé con San Agustín: “Si aterro, es que yo mismo estoy aterrado” (...). Pues dirá el sacerdote que por desgracia hubiera ofendido a Dios en el sacerdocio, ¿ya no habrá para mi esperanza de perdón? No; lejos de mí afirmar esto; hay esperanza si hay arrepentimiento, y se aborrece el mal cometido. Sea este sacerdote sumamente agradecido al Señor si uno se ve asistido de su gracia, y apresúrese a entregarse cuando le llama según aquello de San Agustín: “Oigamos su voz cuando nos llama, no sea que no nos oiga cuando esté pronto a juzgarnos (...).

III EXHORTACIÓN

Sacerdotes míos, estimemos en adelante nuestra nobleza y, por ser ministros de Dios, avergoncémonos de hacernos esclavos del pecado y del demonio. El sacerdote, dice San Pedro Damiano “debe abundar en nobles sentimientos y avergonzarse, como ministro del Señor, de cambiarse esclavo del pecado (...). No

imitemos la locura de los mundanos que no piensan más que en el presente. Está reservado a los hombres morir una sola vez, y tras esto, el juicio [Hebr 9, 27]. Todos hemos de comparecer en este juicio para que reciba cada cual el pago de lo hecho viviendo en el cuerpo [2 Cor 5, 10]. Entonces se nos dirá: Ríndeme cuenta de tu administración [Lc 16, 2], es decir, de tu sacerdocio; como lo ejerciste y para qué fines de serviste de él. Sacerdote mío, ¿estarías conmigo si hubiera ahora de ser juzgado?, o ¿tendrías que decir: Cuando inspeccione [Dios], ¿qué le responderé? [Job 31, 14]. Cuando el Señor castiga a un pueblo, el castigo empieza por los sacerdotes, por ser ellos la primera causa de los pecados del pueblo, ya por su mal ejemplo, ya por la negligencia en cultivar la viña encomendada a sus desvelo. De aquí que entonces diga el Señor. Tiempo es de que comience al juicio por la casa de Dios [1 Pedro 4, 17]. En la mortandad descrita por Ezequiel quiso el Señor que los primeros castigados sean los sacerdotes: Y comenzareis por mi Santuario [Ez 9, 6]; es decir, como lo explica Orígenes, por mis sacerdotes (...). En otro lugar se lee; Los poderosos, poderosamente serán enjuiciados [Sab . 6, 7]. A todo aquel a quien mucho se dio, mucho se le exigirá [Lc 12, 48]. El autor de la Obra imperfecta dice: “En el día del juicio se verá el seglar con la estola sacerdotal, y al sacerdote pecador, despojado de su dignidad, se le verá entre los fieles e hipócritas” (...). Escuchad esto, ¡oh sacerdotes!... porque a vosotros afecta esta sentencia [Os 5, 1].

Y como el juicio de los sacerdotes será más riguroso, su condenación será también más terrible [Jer 17, 18]. Un concilio de Paris, dice que “la dignidad del sacerdote es grande, también su ruina si llega a pecar” [In Ez 44]. Sí, dice San Juan Crisóstomo: “si el sacerdote comete los mismos pecados que sus feligreses, padecerá no el mismo castigo, sino castigo mucho mayor (...). Se le reveló a Santa Brigida que los sacerdotes pecadores serán hundidos en el infierno más profundamente que todos los demonios en el infierno: Todo el infierno se pondrá en movimiento (...). ¿Cómo festejaran los demonios las entrada de un sacerdote, para salir a su encuentro [Is 14, 9]. Todos los príncipes de aquella miserable región se alzarán en primer lugar en los tormentos al sacerdote condenado; y continua diciendo Isaías que en el seol se dirá: También tu te has debilitado como nosotros; a nosotros te has hecho semejante [Is 14, 11]. ¡Oh sacerdote! Tiempo hubo en que ejerciste dominio sobre nosotros, cuando hiciste bajar tantas veces al verbo encarnado sobre los altares y librate a tantas almas del infierno; pero ahora te has hecho semejante a nosotros y estás atormentado como nosotros: has descendido al seol tu resplandor [Is 14, 11]. La soberbia con que despreciaste a Dios es la que por fin te ha traído aquí. Bajo ti hace cama la gusanera y gusanos son tu cobertor [Ib. 11]. Pues bien, dado que eres rey, aquí tienes tu estrado regio y tu vestido de púrpura; mira el fuego y los gusanos que te devorarán continuamente cuerpo y alma. ¡Cómo se burlarán entonces los demonios de las misas, de los sacramentos y de las funciones sagradas del sacerdote! Le miraron sus adversarios y se burlaron de su ruina [Lam. 1, 7].

Mirad sacerdotes míos, que los demonios se esfuerzan por tentar a un sacerdote que se condena arrastra a muchos tras de sí. El Crisóstomo dice: “Quien consigue quitar de en medio al pastor, dispersa todo el rebaño (...); y otro autor dice, con matar más a los jefes que a los soldados (...); por eso añade San Jerónimo que el diablo no busca tanto la perdida de los infieles y de los que están fuera del santuario, sino que se esfuerza por ejercer sus rapiñas en la Iglesia de Jesucristo, lo que le constituye su manjar predilecto, como dice Habacuc (...). No hay, pues, manjar más delicioso para el demonio que las almas de los eclesiásticos.

(Lo siguiente puede servir para excitar la compunción en el acto de contrición).

Sacerdote mío, figúrate que el Señor te dice lo que al pueblo judío: “Dime qué mal hice, o mejor, que bien dejé de hacerte. Te saqué de en medio del mundo y te elegí entre tantos seglares para hacerte mi sacerdote, ministro mío y mi familiar; y tú, por míseros intereses, por viles placeres, me crucificaste de nuevo; yo, en el desierto de esta tierra te alimenté cada mañana con el mana celestial, es decir, con mi carne y mi sangre divinas, y tu me abofeteaste con aquellas palabras y acciones inmodestas. Yo te elegí por viña que había de formar mis delicias, plantando en ti tantas luces y tantas gracias que me rindiesen frutos suaves y queridos y no coseché de ti más que frutos amargos. Yo te constituí rey t hasta más grande que los reyes de la tierra, y tu me coronaste con la corona de espinas de tus malos pensamientos consentidos. Yo te elevé a la dignidad de vicario mío y te di las llaves del cielo, constituyéndote así como rey de la tierra, y tú, despreciándolo todo, mis gracias y mi amistad, me crucificaste nuevamente”, etc. (...) [San Alfonso María de Ligorio, «La dignidad y santidad sacerdotal».



Regreso a la página principal
www.corazones.org

Esta página es obra de Las Siervas de los Corazones Traspasados de Jesús y María.



EL TRIUNFO GLORIOSO DE MARÍA SANTÍSIMA

San Alfonso María de Liguorio

“Cuando entran los monarcas a tomar posesión de su reino, no pasan por las puertas de la ciudad, sino que, o se quitan del todo las puertas, o pasan por encima de ellas. Por eso, así como los Ángeles, cuando entró Jesucristo decían (S.23,7): Abrid príncipes, vuestras puertas, y levantaos, puertas eternas, para que entre el Rey de la gloria; así, ahora que María va a tomar posesión del Reino de los cielos, los Ángeles que la acompañan claman a los que están adentro: Abrid, príncipes, vuestras puertas, y levantaos, puertas eternas, y entrará la Reina de los gloria.

Ved que ya entra María en la patria bienaventurada. Mas al entrar y verla tan hermosa y gloriosa, los espíritus celestiales preguntan a los que vienen de fuera, como contempla Orígenes (Cant.8,5): “¿Quién es esta criatura tan bella, que viene del desierto de la tierra, lugar de espinas y abrojos, mas Ella viene tan pura y tan rica de virtudes, apoyada en su amado Señor, que se digna acompañarla Él mismo con tanto honor?” “¿Quién es?”. Y los Ángeles que la acompañan responden: {Esta es la Madre de nuestro Rey, es nuestra Reina, es la bendita entre las mujeres, la llena de gracia, la santa de los santos, la predilecta de Dios, la inmaculada, la paloma, la más bella de todas las criaturas.” Entonces, todos aquellos espíritus bienaventurados, comenzaron a bendecirla y alabarla, cantando, mejor que los hebreos a Judit (15,10): “Tú eres la gloria de Jerusalén, Tú la alegría de Israel, Tú el honor de nuestro pueblo, Señora y Reina nuestra, Vos sois la gloria del cielo, la alegría de nuestra patria, el honor de todos nosotros. Sed por siempre bienvenida, sed por siempre bendita. Éste es vuestro reino, y todos nosotros somos vasallos vuestros prontos a cumplir vuestras órdenes”

Luego se acercaron a darle la bienvenida y saludarla como a su Reina todos los santos que hasta entonces estaban en el cielo. Llegaron todas las santas vírgenes y dijeron: “Santísima Señora,... Vos sois nuestra Reina porque fuisteis la primera en consagrar a Dios vuestra virginidad; todas nosotras te bendecimos y damos gracias.” Llegaron también los mártires a saludarla como a su Reina, porque con su gran constancia en los dolores de la Pasión de su Hijo, les había enseñado e impetrado con sus méritos la fortaleza para dar la vida por la fe. Llegó Santiago el Mayor, el único de los Apóstoles que hasta entonces había subido al cielo, y en nombre de todos los Apóstoles le dio gracias por todo el consuelo y la asistencia que les había prestado durante su permanencia en la tierra. Llegaron luego a saludarla los Profetas, y le decían: “Vos, Señora, sois la que vislumbramos en nuestras profecías.” Llegaron los santos Patriarcas y le decían: “Vos, María, fuisteis nuestra esperanza, y por tantos siglos tan suspirada.” Y entre éstos llegaron con mayor afecto a darle gracias nuestros primeros padres Adán y Eva, y le decían: “Hija predilecta, Tú has reparado el daño que nosotros hicimos al género humano. Tú devolviste al mundo la bendición perdida por nuestra culpa, por Ti somos salvos; ¡Seas por siempre Bendita!”

Llegó después a besarle los pies San Simeón, y le recordó con júbilo el día en que recibió de sus manos a Jesús niño. Llegaron San Zacarías y Santa Isabel, y de nuevo le dieron gracias por aquella amorosa visita que con tanta humildad y caridad les hizo en su casa, y por la cual recibieron tantos tesoros de gracias. Con mayor afecto llegó San Juan Bautista, a darle las gracias por haberlo santificado por medio de su voz. ó San Juan Bautista, a darle las gracias por haberlo santificado por medio de su voz. Y ¿Qué le dirían cuando llegaron a saludarla sus queridos padres San Joaquín y Santa Ana? ¡Oh Dios! Con cuánta ternura la debieron bendecir diciendo: “Hija amada ¿y qué dicha la nuestra la de tener una hija como Tú! Ahora eres nuestra Reina, porque eres la Madre de nuestro Dios; por tal te saludamos y te veneramos.”

Más, ¿Quién puede comprender el afecto con que llegó a saludarla su querido esposo San José? ¿Quién podrá explicar la alegría que sintió el Santo Patriarca al ver a su esposa entrar en el cielo con tanto triunfo y ser proclamada Reina de todos los cielos? ¡Con cuanta ternura le debió decir!: “Señora y esposa mía, ¿Cuándo podré yo agradecer lo que debo a nuestro Dios por haberme hecho esposo vuestro, que sois su verdadera Madre? Por Vos merecí en la tierra asistir en su infancia al Verbo encarnado, tenerle tantas veces en mis brazos y recibir de Él tantas gracias especiales. ¡Benditos sean los momentos que empleé en la vida en servir a Jesús y a Vos, mi santa esposa! ...

Por fin, todos los Ángeles llegaron a saludarla, y Ella, la gran Reina, a todos dio las gracias por la

asistencia que le habían prestado en la tierra; singularmente a San Gabriel Arcángel, feliz embajador de todas sus dichas, cuando bajó a darle la nueva de que era elegida para Madre de Dios.

Luego, arrodillada la humilde y Santa Virgen, adoró a la divina Majestad, y toda abismada en el conocimiento de su nada, dio gracias por todos los dones que su bondad le había concedido, y especialmente, por haberla hecho Madre del Verbo Eterno. No hay quien pueda comprender con cuánto amor la bendijo la Santísima Trinidad; qué acogida hizo el Padre a su Hija, el Hijo a su Madre, el Espíritu Santo a su Esposa. El Padre la coronó, comunicándole su poder, el Hijo la Sabiduría; el Espíritu Santo el Amor. Y todas las tres Personas, colocando su trono a la diestra de Jesús, la proclamaron Reina universal del cielo y de la tierra, y mandaron a los Ángeles y a todas las criaturas que la reconocieran como su Reina, y como a tal la obedecieran y sirvieran.”



Regreso a la página principal

www.corazones.org

Esta página es obra de Las Siervas de los Corazones Traspasados de Jesús y María